

Nuestras propias historias
Leyendas y tradiciones III
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Toda una Vida
EL GOBIERNO DE TODOS

Leyendas y tradiciones

III

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 349 4

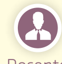
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

Santa Rosa de Lima 13
MARÍA ETELVINA MACAS

La quebrada maldita 16
VIRGINIA EDUVIGUES AVINCHO

El misterioso cirio blanco 19
GLORIA MARIELA ROMO

El secreto de Cananvalle 23
JHON FARIÑOS

Una historia más para contar 28
GLADYS ELENA ESCOBAR

La leyenda del monstruo de Balzar 33
CIRO BERNARDO MACÍAS

La Candelaria 36
LILIA JANNETH HUANGA

La huaca 40
MARTHA ELICIA LOJA MACAS

Un muñeco 42
MAGALY SALOMÉ DE LA TORRE

La cabaña de oro 45
HUGO ARMANDO TROYA

Las almitas resentidas 47
MILTON PATRICIO SÁNCHEZ

Historia de la curva de La Calera 53
CRISTÓBAL FERNANDO SAMANIEGO

La Encantada 57
DÉVORA NATHALY MIRANDA

La panela de oro 59
MARÍA LEONOR CHÁVEZ

El toro de tres patas 62
HERNÁN ALEXANDER QUIZHPE

El hombre en la Luna 65
JOSSELYN DAYANA SILVA

El misterio de El Ángel 68
ÉDWIN HUMBERTO CÓRDOVA

La flor del diablo 71
EDGAR GOVEA

El patojito de Rumipamba 74
MERY GENOVEVA ÁVALOS

La dama del camino 78
EDUARDO ENRIQUE REYES

La mujer que vendió su alma 81
LUIS MANUEL ZHUMI

Lo que la muerte esconde 85
JEISSON ARIEL CALLE

De huacas, lagartijas y bueyes 91
JANNETH VACA

Los diablos vestidos de bailarines 94
JUAN DANIEL CHORLANGO

El Cuscungún 97
JERRY ISMAEL PIÑA

El encargo 101
ALEX VALLEJO

Visión macabra 104
IVANNA DANIELA GONZÁLEZ

La vieja colmillona 108
MAIRA ANABELL RIVADENEIRA

La iglesia perdida 111
MARIANA ELIZABETH COLOMA

La niña cisnerina 114
PIEDAD SILVANA ARÉVALO

La laguna azul 119
MERLYN DAYANA MENDOZA

Los dos hermanos 121
DENNIS CRISTIAN PAPUE

El bulto blanco 123
ADRIÁN SANTIAGO PATIÑO

Las calaveras misteriosas 127
VERÓNICA PROAÑO

La maldición del sacerdote 132
SELENA NATALY MEJÍA

El barranco encantado de Cucurucho 135
LUZ CARVAJAL

Runa Hurco (cuento popular) 139
SILVIO RODRIGO ÁLVAREZ

La Viringa del Cucacho 142
SONIA DEL CARMEN JIMÉNEZ

Rancu y el jefe 145
LINO JAHIR ANDY

Leyenda de la Virgen de las Nieves de Sicalpa Viejo 149
NANCY CARMITA PUCHA

Leyenda de san Isidro Labrador 152
JUANA BURGOS, JUAN DE LA A. Y GRACE BORBOR

Accidente en un abismo 155
KAREN LIZETH AUPAZ

El campesino engañoso 158
CARLOS YUMAGLLA

Los guaguas aucas 163
SAMIR MARTÍN CANGÁS

MARÍA ETELVINA MACAS
nació en Gañil, Loja, en 1965. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su nieta Fanny Vera estudia en la Unidad Educativa Pedro Vicente Maldonado.

Santa Rosa de Lima

Hace mucho tiempo, en la comunidad de Gañil, perteneciente a la parroquia El Paraíso de Celén, las tierras que ahora existen eran una sola y se las llamaba "La Hacienda", porque era muy extensa. Pertenecían al señor Helidorio Aries y todos quienes vivían en este territorio (hombres, mujeres y niños) eran empleados del patrón. Se dedicaban a la agricultura y ganadería.

Su pago era seguir viviendo ahí y que les dieran parte de la cosecha para su alimentación y la crianza de sus hijos, pero eso les



costaba muy caro, porque tenían que llevar todas las cosechas a Saraguro. Allí se vendían los productos: maíz, trigo, cebada, avena y otros cereales más, muy buenos para la salud.

Así pasó durante mucho tiempo hasta que el dueño, un día, al caminar por sus terrenos, encontró una imagen de la Virgen en un árbol. La recogió, pero sin darle mucha importancia la puso en el corral de sus ovejas. Al otro día, cuando se fue a verlas, se sorprendió: todas estaban muertas. El corral había sido destruido, pero lo más sorprendente era que la imagen no se había roto. Desde entonces, el señor Helidorio la respetó y en su honor realizó una gran fiesta cada 30 de agosto.

Con el pasar del tiempo, el señor Helidorio enfermó gravemente y falleció, pero no sin antes amparar a los pobladores

que vivían en su hacienda. Con su fallecimiento, los hijos decidieron dividirse los terrenos que había dejado su padre como herencia, pero no podían aceptar compartir los terrenos con los originarios de ese lugar. Entonces, quisieron borrar los nombres que constaban en el testamento. Contrataron abogados, pero los pobladores también lo hicieron y lucharon intensamente para no dejarse quitar los terrenos que les pertenecían por derecho, ya que ellos los habían trabajado todos esos años.

Cuando los herederos notaron que se acercaba su derrota, utilizaron todos los medios posibles para salir triunfadores, incluso a la Santísima Virgen. Como la pequeña iglesia de adobe no tenía ventanas, treparon una de ellas para sacar a la Virgen y amenazar a los pobladores. Estos, sin embargo, decidieron hacerse más fuertes y no dejarse ganar. Viendo la tristeza de la gente, un padre les regaló otra imagen de la Virgen, y esta vez le pusieron de nombre Santa Rosa de Lima.

Las fiestas en honor a esta sagrada imagen se realizan en el mes de agosto de cada año, y es organizada por priostes, muñidoras[1], danzantes, párrocos, vicarios, autoridades del GAD parroquial, y con el sacerdote se coordina lo concerniente a las misas.

1 Encargadas de recibir a los danzantes con chicha y champús (una especie de colada hecha con harina de maíz pelado y panela).

VIRGINIA EDUVIGUES AVINCHO
nació en Nanegal, Pichincha, en 1980. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Ramiro Sebastián Flores estudia en la Escuela de Educación Básica Francisco Falquez Ampuero.

La quebrada maldita

Por un pueblito muy pequeño llamado Cariacu, vivía una familia conformada por una pareja y seis hijos, tres varones y tres mujeres. Sin embargo, estaban bastante lejos del poblado. Para comprar sus alimentos, tenían que caminar dos horas y pasar por tres quebradas, una de ellas más grande y peligrosa que las demás.

Una mañana que Roberto, el padre, salió hacia el pueblo, se encontró con una señora muy anciana que le contó una historia de aquella quebrada. Allí existía una mujer que se llevaba a los niños, de los que jamás se volvía a saber nada, ni siquiera si los mataba o seguían con vida. La señora le dijo que tuviera cuidado con sus hijos, que no los dejara solos. Roberto solo agradeció y se despidió. No creía nada de lo que le había dicho la anciana; es más, pensaba que era absurdo y que no había forma de comprobar que fuera real.

Al día siguiente, los seis hijos bajaron a la escuela. Iba siempre cada cual por su lado, nunca en grupo, y la hermana menor solía rezagarse. Esa mañana, al pasar por la quebrada, escuchó una voz encantadora que la llamaba. La niña no se pudo resistir: la siguió hasta que encontró a una mujer muy hermosa que le ofrecía dulces y juguetes. Le dijo que se los daría si iba con ella, y la niña así lo hizo.



Los padres, al ver que no llegaba, empezaron a preocuparse y salieron a buscarla, pero nunca la encontraron. Sus otros hijos le dijeron que tal vez estaba con sus amigas de la escuela, pero nadie conocía su paradero.

Unos días después, los otros niños bajaron a la escuela. Al salir de clases, el menor de los varones se quedó jugando con sus amigos y sin darse cuenta se le pasó el tiempo. Cuando ya era hora de regresar a su casa, empezó a caminar, pero al pasar por la quebrada escuchó la voz y también la siguió. Nunca más lo volvieron a ver.

Después de lo sucedido con sus dos hijos, Roberto y su familia fueron donde la anciana para preguntarle sobre la quebrada y su historia. Entonces, ella les contó con lujo de detalles acerca de la maldición; ella también había sido víctima, porque la mujer se había llevado a sus dos únicos hijos.

En ese momento, Roberto y su familia decidieron irse para siempre de aquel lugar. Aunque sentían un gran vacío por dejar todo, incluso a sus hijos menores, fue la única solución para proteger a los otros.

GLORIA MARIELA ROMO
nació en San Gabriel, Carchi, en 1972. Trabaja en la Unidad Educativa Cotacachi. Sus actividades favoritas son leer y viajar.

El misterioso cirio blanco

En la ciudad de Santa Ana de Cotacachi, a finales del siglo XIX, en un tradicional barrio de esa época, hoy conocido como San José, vivía una joven pareja de esposos, Esteban y Manuelita, que tenían ya dos hijos. Manuelita, una mujer de contextura delgada, de baja estatura y hermoso rostro, era una mujer muy curiosa; su esposo, Esteban, un hombre alto, fuerte y de amable sonrisa. Eran una pareja bastante particular.

Cuenta la historia que, una noche como otra cualquiera, la pareja se alistaba para dormir y, cuando más o menos daba la medianoche, Manuelita escuchó lo que al parecer era una procesión que se acercaba cada vez más hacia la calle de su casa, con un sonido de chilín, chilín, chilín, chilín. Manuelita, con su natural curiosidad, se levantó inmediatamente, encendió su lámpara de querosén y decidió asomarse al umbral de la puerta, a pesar de la advertencia de su esposo. Sorprendida, Manuelita observó lo que en efecto era una procesión con muchas personas que vestían túnicas blancas y llevaban en sus manos cirios blancos encendidos. Maravillada, vio cómo uno de los fieles se acercó, le ofreció un cirio y le dijo:

—Vendré a visitarte en tres días. —Y siguió la procesión.

Manuelita, entusiasmada, entró con el cirio en sus manos. Su esposo ya se había dormido, así que lo apagó, lo guardó en una caja y se acostó a dormir junto a él. Al día siguiente, se levantó muy contenta y corrió a buscar el cirio para mostrarle a su esposo tan peculiar obsequio y contarle la historia que había vivido la noche anterior. Para su sorpresa, al abrir la caja no había un cirio sino un hueso; sí, un hueso: el fémur de un ser humano. Muy asustada, ella narró los hechos. Esteban comentó:

—Te dije que no debías levantarte, y peor aún asomarte a la puerta.

Manuelita, muy preocupada, tomó el hueso y acudió a la iglesia del parque principal de la ciudad. Pidió confesarse con el sacerdote y le indicó lo sucedido. Este le dijo que no debió ser curiosa y peor aún salir a medianoche a ver pasar aquella procesión, que no era más que la mismísima muerte, y que tal como se lo habían prometido, la muerte regresaría por su alma al terminar los tres días.

Manuelita, consciente de tal peligro, le preguntó atemorizada al sacerdote:

—¿Qué puedo hacer, padre? Yo no quiero morir, no quiero que se lleven mi alma. ¡Ayúdeme!

El sacerdote se compadeció de ella y le dijo:

—Deberás conseguir ocho niños recién nacidos, llevarlos a tu casa y a medianoche, cuando se acerque la procesión de la muerte, en el momento exacto, no antes ni después, sino en el preciso instante en que vayan por ti y por tu alma, los pequeños deberán llorar y llorar sin parar.

Manuelita inmediatamente se puso en la ardua y difícil tarea de conseguir los bebés recién nacidos. Como era de suponer, en tan corto tiempo, en una ciudad con una reducida población, las posibilidades de hacerlo eran escasas.



Pasaron los tres días, la medianoche se acercaba y Manuelita, muy preocupada, aterrorizada, se aprestaba a esperar tan funesta procesión. Justo en el momento de la medianoche se escucharon a lo lejos los tan temidos chilín, chilín, chilín, chilín, que se acercaban. Se escuchaban más y más fuertes. A través de la hendidura de la puerta se alcanzaban a ver las luces de los cirios. Manuelita estaba aterrada, lo único que podía hacer era rezar. Como era de esperarse, en el momento exacto, cuando se acercaban a su casa, el pánico se apoderó de ellos… Los ocho niños recién nacidos, que con tanto esfuerzo había conseguido, empezaron a llorar sin cesar.

Fue una sorpresa para aquella blanca y temida muerte, que con voz lúgubre se acercó y dijo a Manuelita:

—¡Alégrate, mujer! El llanto de estos inocentes niños ha salvado tu alma.

Y recogiendo el cirio de sus manos empezó a alejarse lentamente por la calle a través de la penumbra de la noche, con el tan conocido chilín, chilín, chilín, chilín.




JHON FARIÑOS
nació en Tabacundo, Pichincha, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es tocar guitarra.

El secreto de Cananvalle

Hace muchos años, rondaba la leyenda de una civilización escondida en la misteriosa loma de Cananvalle, a la que solo podían entrar las personas de corazón puro. Esta loma se hizo muy famosa en ese tiempo, principalmente porque la gente no podía explicarse la razón de que esta montaña apareciera en pleno valle, aparte de que se podía apreciar su gran figura redonda casi

desde cualquier lugar de Tabacundo y su majestuosidad nunca se perdía. Esto inspiró a varias personas a escribir relatos sobre ella. Tal vez fueron simples cuentos fantásticos o, quién sabe, quizá fueron hechos verídicos.

Don Melchor Andrango, un anciano aficionado a la búsqueda de oro y aventuras, solía relatar esta historia con emoción en el rostro y una exaltación que dejaba ver a flor de piel la fe que tenía en que algún día pudiera llegar a aquel maravilloso lugar.

Una doña vivía en las faldas de la loma de Cananvalle. Era tan pobre que a duras penas tenía dos toretes, dos borregos, tres gallinas y una vaca que la ayudaban en sus labores y le brindaban sus alimentos. Un día, muy temprano, ordenó a su hijo que acompañara a los dos toretes que tenía —muy bravos, por cierto—



a pastar en la pradera. El joven acató las órdenes de inmediato. Cuando llegó con los dos animales, los dejó sueltos para que comieran todo lo que quisieran, mientras él se acomodaba en un árbol de eucalipto para dormir y compensar las horas de sueño que le había quitado su madre al hacerlo madrugar.

Tres horas antes de que el sol llegara a su punto más alto, el joven despertó. Su primera reacción fue fijarse si los toretes estaban cerca, pero, para su mala suerte, ninguno estaba allí. Entonces se levantó y corrió desesperadamente a buscarlos, porque si regresaba a casa sin sus toretes nada bueno le esperaba. Los buscó de norte a sur, de este a oeste y en los más recónditos lugares de la loma, pero no los encontró. Ya eran más de las dos de la tarde y el apurado joven se estaba dando por vencido en su implacable búsqueda, así que emprendió camino hacia su casa pensando en qué excusa darle a su madre para que el castigo no fuese muy severo. En el fondo, de todas formas, sabía que diría la verdad.

Iba caminando por el monte cuando pasó cerca de una quebrada y alcanzó a divisar una gran y oscura cueva en la que posiblemente estuvieran sus toretes. Bajó corriendo y llegó; la cueva era muy oscura y no se llegaba a divisar un final cercano, así que entró a paso lento, haciendo sonidos para llamar a sus toretes pero con cierto temor al desconocido lugar. Ya había recorrido unos diez metros cuando de pronto un destello de luz salió por las paredes y una gran puerta emergió de la nada. Era enorme como la de una iglesia, pero con algo muy peculiar: estaba toda hecha de oro.

Se quedó estupefacto al ver tremendo suceso sobrenatural ante sus ojos, y sin temor a nada y con la esperanza de que sus toretes estuvieran al otro lado de la puerta, levantó la mano para empujarla. Justo antes que sus dedos la tocaran, vio que la puerta

comenzó a abrirse muy lentamente, y que de adentro comenzó a brotar un brillo idéntico al del sol. Cuando la puerta terminó de abrirse, una persona de muy pequeña estatura, vestida con ropa idéntica a la de los indígenas precolombinos, lo saludó de muy buena manera, como si fuera un invitado de honor, y lo invitó a pasar. Él, sin palabras, pasó el portal y se encontró con el más bello paisaje que pudiera imaginarse: había árboles llenos de frutas y flores por todos lados, así como una cantidad de legumbres y vegetales que podría alimentar a toda una civilización, pero lo que más llamó su atención fue que todas las edificaciones de ese lugar estaban completamente construidas de oro.

Interrumpiendo su contemplación, el pequeño indígena le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí?

—Vine a buscar unos toretes que son de mi madre y se me perdieron. ¿No estarán por aquí?

Afortunadamente, el indígena le respondió que sí, que ellos los habían cogido porque eran bravos y querían torearlos un momento.

—Con gusto te los devolveremos —le dijo al joven, y se dirigió a la plaza en la que los tenían.

Cuando le devolvieron los toretes, el joven quiso salir de ahí pero el pequeño indígena le insistía que se quedara, porque no cualquier persona podía entrar en aquel lugar. Sin embargo, el joven se negaba, porque no podía dejar sola a su madre, así que el indígena le dijo:

—Está bien, no te quedes, pero al menos no te vayas con las manos vacías. —Y le regaló tres canastas llenas de tres granos diferentes: maíz, morocho y canguil.

El joven aceptó sus regalos muy agradecido y, justo antes de que saliera de aquel lugar, el indígena lo paró y le dijo:

—Debes tener en cuenta que si sales por esa puerta jamás podrás volver a entrar y formar parte de la civilización de Cananvalle, así que elige con sabiduría.

El joven salió sin dudarlo y se despidió agradeciendo por los regalos. Al salir por la puerta de oro, esta inmediatamente desapareció y él siguió su camino a casa. Cuando llegó con sus tres canastas, se dio cuenta de que su contenido ya no eran los granos que tenía al principio, sino que el maíz se había convertido en oro, el morocho en plata y el canguil en cobre. Con eso sacó de la pobreza a su madre y se convirtió en el más grande hacendado de Cananvalle, y agradeció siempre al pequeño indígena y a sus toretes.

GLADYS ELENA ESCOBAR
nació en Ambato, Tungurahua, en 1974. Trabaja en la Unidad Educativa Las Américas. Su actividad favorita es contar historias.

Una historia más para contar

«Para escribir solo hay que tener algo que decir»,
Camilo José Cela.

Bueno, empezaré a escribir esta historia recordando lo que fue mi niñez. Soy la última hija del matrimonio Escobar Escobar, la decimosegunda. ¡Sí! Éramos doce hermanos, hoy somos diez.

¡Ay! Cómo recuerdo aquellas tardes cuando ya el sol se ocultaba y mi papacito daba por terminada su faena cotidiana, con su azadón sobre el hombro, sus pantalones remangados y un suspiro profundo, algo así como "¡Ufffff!".

—Un día más, gracias a Dios —exclamaba, me tomaba de la mano y felices nos dirigíamos a casa.

Mi mamacita tenía ya el chocolate caliente con unas deliciosas e inigualables empanadas rellenas de queso, pues en esos tiempos no había la facilidad de comprar pan a diario.

—Ven, marido, ven. Otra vez has cogido la tarde, lava las manos, ¡que ya está tu matahambre! ¡Y con tu guagua, noooo! —Esas eran las palabras de recibimiento de mi madre. Claro, yo era y siempre fui la guagua de mi papacito.

Una de esas fantásticas tardes, después de degustar el delicioso matahambre y hasta que mi madre y mis hermanas prepararan la merienda, yo le dije:

—¡Cuéntame otra historia, papacito!

Entonces me abrazó y empezó a contarme lo que él había vivido en el terremoto de Ambato del 49.

—Recuerdo como si hubiese sido ayer lo que pasó —me decía con una mirada exorbitante, como si se trasladara a esos tiempos—. Eran casi las dos de la tarde. Estábamos trabajando con papá Lucho en el terreno de don Shuco. ¡Bueno era el hombre! Pagaba bien y sabía mandarnos las frutillas maduras. "Para que chupen en la casa con los guambritos", decía. De pronto, empezamos a ver una polvareda allá por el centro de Ambato. La tierra donde estábamos empezó a temblar y la gente comenzó a salir corriendo de los alrededores, gritaban como locos. Mi papá nos dijo: "¡Corran, guambras, corran, vamos a la iglesia!", y todos corrimos hacia allá, a la iglesia parroquial.

—Papito, ¿y dónde era la iglesia? —irrumpí.

—Allá arriba, en la loma, donde ahora es el cementerio o el censo también, que le dicen —me contestó sin perder el hilo ni la secuencia de lo que narraba—. Ya cuando estábamos en la iglesia, a un lado, porque las paredes se partían, empezaron a caer las tablas, los vidrios. La tierra se partía, era increíble. La gente se desesperaba, gritaba. En eso llegó el curita y dijo: "Vengan acá, arrodíllense y pidamos a Dios que nos perdone por todo lo malo que hemos cometido. Esto es un anuncio de Dios". Todos, muy asustados, desconcertados, nos arrodillamos junto a papá Lucho y entre lágrimas rezábamos. Yo veía a la finada Aurora, la comadre Thalía, ellas también guambras, con el rosario en la mano hasta besaban la tierra, pidiendo a Dios que nos protegiera.



»En medio de esa desesperación escuchamos el trote de un caballo que se acercaba a nosotros, a todos quienes estábamos reunidos en la iglesia vieja. Hay que tomar en cuenta que en esos tiempos las familias más acomodadas económicamente solo llegaban a tener burros, nadie tenía caballos. Entonces, entre lo oscuro del polvo y lo nefasto del momento, apareció un hombre muy alto con un traje negro brilloso, como los que hoy utilizan los cantantes de orquesta. Tenía una barba muy pronunciada, sus ojos brillaban como si fueran de color verde y el caballo era grande, entre negro y café, y del hocico le salía espuma abundante, como si fuera un perro rabioso.

»Todos alzamos la mirada hacia ese personaje y fue entonces cuando escuchamos: "Jajajajaja, ahora sí están asustados, ahora sí están rezando. Jajajaja, nadie los va a salvar, pecadores. Jajajaja, hasta el curita está asustado, vean, vean cómo se cae su iglesia, jajajajaja". Esas carcajadas escuchábamos hasta que ese sujeto se perdió en medio de la nada. Cuando ya no lo veíamos ni lo escuchábamos nos dimos cuenta de que la tierra había dejado de temblar, pero todo estaba devastado.

»Papá Lucho nos llamó y bajamos a la casa, o a lo que quedó de casa. Mamita Felisa había estado con mis otros hermanos, también asustada y llorando. Como el susto fue tan grande, mi mamita y papá cogieron unas cobijas, les sacudieron el polvo y salimos todos a dormir en la plaza del barrio; ahí estábamos todos los moradores a oscuras, tratando de abrigarnos unos a otros y de apoyarnos. Mientras se escuchaba una y otra vez lo que había sucedido en horas de la tarde, mi papito preguntó a los familiares y vecinos si alguien conocía a aquel hombre del caballo. Todos contestaban que no, que no lo habían visto antes. No olvidemos que un barrio de aquel tiempo era pequeño y todos se conocían, todos eran familia.

»Al siguiente día, el curita recorrió la parroquia junto con el teniente político para ver qué daños nomás había. También él había estado averiguando por el hombre del caballo. Al no encontrar respuesta favorable, se paró en medio de la plaza, hizo que nos reuniéramos todos y en voz alta dijo: "Nadie conoce ni ha visto a ese hombre, y fue muy raro lo que pasó diciendo ayer mientras todos estábamos muy aterrorizados por el terremoto. Creo yo que fue el demonio encarnado en ese hombre, y por eso se reía a carcajadas al ver que nuestra iglesia se derrumbaba. Piensen, hermanos, que esta prueba que Dios nos mandó es para que reaccionemos de lo que estamos haciendo mal. Es hora de cambiar de actitud. Antes de cualquier cosa debemos primero pensar y dar gracias a Dios, porque él es dueño de nuestras vidas, y a él le debemos la gloria y nuestras alabanzas. Todos quienes estuvimos ayer en la iglesia sabemos que jamás olvidaremos a ese personaje y también sabremos siempre tener primero presente a Dios en todas las cosas". Y así mismo es: hasta hoy no puedo olvidar la imagen de ese hombre, ¡que creo era el diablo! —terminó mi papacito, al mismo tiempo que salía de esa época nefasta que le tocó vivir.

Yo había quedado algo erizada por el relato y por las escenas que imaginaba mientras escuchaba. De pronto era como si mi alma volviera a mi cuerpo al sentir los cálidos brazos de mi papacito y su dulce voz diciéndome:

—Mi guagua, tienes una historia más para contar cuando tengas tus hijos.

Pasó el tiempo y Dios y la vida me regalaron la dicha de que él mismo a sus noventa años les contara muchas historias a mis dos hijos. Mi tarea será guardar en mi memoria todas estas vivencias y transmitirlas a mis nietos, porque sé que tú, papito, estarás contando tus historias en el cielo y algún día yo volveré a decirte:

—¡Cuéntame otra historia, papacito!




CIRO BERNARDO MACÍAS
nació en Balzar, Guayas, en 1980. Trabaja en la Escuela de Educación General Básica Sinaloa. Su actividad favorita es compartir conocimientos.

La leyenda del monstruo de Balzar

Cuenta la leyenda que, por la década de los sesenta, en el asentamiento urbano de Balzar existió una familia no muy común. Se dice que eran dos hermanos que no se habían reconocido como tales y entablaron una relación. Luego se unieron y tuvieron dos hijos. El primogénito nació con una extraña enfermedad: creció y no le salieron los dientes, pero aparecían cuando salía luna y

esto causaba curiosidad a las personas. Luego nació el segundo hijo y fue aún más raro… Su rostro tenía forma equina, los brazos eran fornidos y las manos no tenían dedos, el cuerpo era velludo y fuerte. Nunca tuvo la oportunidad de salir a la calle; la madre era la única con quien lidiaba.

Pasó el tiempo y este niño creció. El pueblo lo llamaba "el Monstruo". Cuando llegó a adulto, la madre se vio obligada a encadenarlo, porque era muy fuerte. Lo ató en la pata del fogón, en una habitación cerrada, y lo alimentaba con frutas, legumbres y verduras. Cuando era luna llena, el monstruo enloquecía y no obedecía a nadie. Una tarde trató de agredir a su madre y esta lo maltrató. El hombre monstruo se resintió, rompió parte de las cadenas y se escapó; se dice que huyó al río y vivió en una bananera ubicada al otro lado de la rivera.



Al monstruo lo atraían las chicas bonitas, y la forma de estar cerca de ellas era cuando caían al río a bañarse. En aquel tiempo, Puerto Grande era visitado por su hermosa playa y por su fritada, pero se llenó de temor porque las señoritas desaparecían como por arte de magia. Sentían que una extraña fuerza las absorbía hacia el fondo del río. Esto causó pánico a la población; imaginaban que era obra del fenómeno, y llegaron a odiar al temido monstruo de Balzar.

Los padres fallecieron y fueron sepultados en el cementerio central. A la medianoche el monstruo iba a visitar su tumba, y por esas horas se escuchaban unas cadenas que se arrastraban por las calles sombrías. En aquel tiempo nadie noctambulaba por temor de encontrarse con el monstruo, hasta que fue agredido por el populacho. Desde ese entonces huyó y se refugió en las entrañas del río Balzar.

Se dice que hasta el año 2000 unos parientes cercanos lo visitaban y lo alimentaban lanzándole carne en el río a la altura del recinto La Linda.

LILIA JANNETH HUANGA
nació en Pucará-Cerro Negro, Azuay, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cornelio Vélez. Su actividad favorita es leer novelas literarias.

La Candelaria

Cuenta la historia que, hace mucho tiempo, don Alfonso y su familia vivían en un pueblito llamado Cerro Negro, donde la gente tenía la tradición de sembrar maíz cada año, como lo habían hecho sus antepasados. Utilizaban el maíz para festivales y ceremonias.

Don Alfonso era un hombre muy trabajador que se dedicaba con cuerpo y alma a luchar en los campos, pues era su único aliado para salir adelante. Era de carácter muy fuerte, nada lo

podía detener, se mantenía firme con sus decisiones y siempre conservaba las ganas de seguir luchando. Su inspiración eran sus hijos y su esposa.

Un 2 de febrero comienza la historia de don Alfonso, que quedó marcada para siempre en los corazones de sus seres amados. Como era tan trabajador, don Alfonso no descansaba ni un solo día: siempre quería estar en movimiento, si se sentaba no se sentía tranquilo.

Una mañana, don Alfonso salía a trabajar con sus dos hijos, cuando llegó un vecino y le dijo:

—Veci, no vaya trabajar hoy. Nadie trabaja porque es un día santo, se celebra a la Virgen de la Candelaria.

Él respondió:

—No voy a trabajar todo el día, vecino.

—Ah, ya, bueno. Yo solo lo mencionaba porque los antepasados saben decir que es malo salir a trabajar en un día como hoy.

—Descuide, vecino, no voy a trabajar todo el día. No creo que suceda nada solo por trabajar unas horitas. —Y se despidió.

Mientras se iban, comenzó a llover muy fuerte. Su esposa salió y le dijo:

—Alfonso, no vayas. Quédate, es solo un día. Mira, los niños van a estar mojados toda la mañana.

Pero él le dijo:

—Mujer, no te preocupes, trabajamos hasta el mediodía y regresamos.

Ella, preocupada, se dio la vuelta y entró a la casa.

Cuando llegaron al lugar donde iban a trabajar, ya estaban todos mojados. Don Alfonso dijo:

—Niños, solo vamos a trabajar un par de horitas y nos vamos a casa.

Los niños, emocionados, comenzaron a limpiar el maíz. Cada vez llovía más fuerte.

Pasaron las horas y ellos seguían trabajando. Don Alfonso, al ver que no dejaba de llover, decidió regresar y, de paso, recoger unos palos de leña.

Los niños caminaban con frío. Llegaron a un río, pero el puente de palos ya había sido cubierto por el agua. Don Alfonso le dijo al niño que se pusiera adelante mientras él cargaba a la niña. Sin embargo, mientras cruzaban, los palos se quebraron y los tres cayeron al río. Don Alfonso se golpeó la cabeza con una piedra y notó que poco a poco se empezaba a desmayar, pero quería salvar a los niños. Su esfuerzo era inútil, porque ya no resistía y la fuerza del agua no le permitía ver dónde estaban: solo se daba cuenta de que seguían vivos porque los escuchaba llorar por momentos. Finalmente, don Alfonso se desmayó.

Los hijos estaban a punto de ser arrastrados por el agua, pero el niño, desesperado, alcanzó una rama que colgaba en la orilla y se sostuvo con todas sus fuerzas, junto con su hermana.

Mientras tanto, la esposa, preocupada, había salido a buscarlos. Tenía un mal presentimiento. Cuando llegó al río y vio que el puente de palos no estaba, comenzó a llorar y a caminar hacia la orilla. Allí escuchó el sonido de los niños. Rápidamente los vio, cortó un palo grueso y les dijo que se agarraran de él. Los hermanos sacaron fuerzas y lo lograron. Jalando del palo, la mamá alcanzó a sacarlos. Estaban muy lastimados, no tenían ni un pedacito de ropa, pues la había arrastrado el agua.

Ella envolvió a la niña con una chalina y al niño con una chompa, y les dijo que la esperaran porque iba a pedir ayuda para encontrar

a don Alfonso. Desesperada, llegó al pueblo y pidió a la gente que la ayudara a buscar a su esposo, que se había caído en el río.

Al escuchar esa noticia, fueron inmediatamente a socorrerlo, pero era demasiado tarde. No encontraron su cuerpo por mucho que buscaron. Desistieron después de una semana: decían que en algún lugar del río debió haber quedado tapado con arena, y por eso no lo pudieron encontrar.

Al saber que su papá había muerto y que no habían encontrado su cuerpo, los niños lloraron desesperados y se sintieron culpables. La madre decía que tenía un mal presentimiento desde que salieron, pero que no se imaginaba perder a su esposo. La gente del pueblo, por su parte, sentenció que don Alfonso tuvo ese destino porque no respetó un día santo.



MARTHA ELICIA LOJA MACAS
nació en Zaruma, El Oro, en 1982. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Carolina Estefanía Loja estudia en la Escuela de Educación Básica Dr. José Rosas Zambrano.

La huaca

Había una vez una mujer que quedó viuda. Tenía dos niñitos y se fue a casar con un hombre malo que también tenía un hijo. Como era tan malo, a los entenados les daba solo el caldo y al hijo de él, solo carne. Como los entenados eran muy gordos y el hijo de él, muy flaco, un día fue a dejar a los primeros a una montaña lejana, pero ellos regresaron. De nuevo los fue a dejar a la montaña y se encontraron con una señora que era rica, la huaca.

Ella los mandó a juntar leña y allí los encontró la virgencita, que les dijo que tuvieran cuidado, que la huaca los iba a comer. Los niños fueron tan astutos que mataron a la huaca con ayuda de la virgencita y se quedaron con todas sus riquezas.






MAGALY SALOMÉ DE LA TORRE
nació en Chacapata-Nanegal, Pichincha, en 1991. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Jeimy Paulina Bravo de la Torre estudia en la Escuela de Educación Básica Francisco Falquez.

Un muñeco

Yo tenía siete años. Mis padres se dedicaban a la agricultura mientras mis hermanas y yo nos quedábamos en la casa solas hasta tarde. Nunca salíamos porque siempre nos decían que había espíritus malos en el monte.

De vez en cuando teníamos visitas. En Navidad, por ejemplo, disfrutábamos mucho: salíamos al patio de la casa a jugar, nos sentábamos en círculo y reíamos sin parar. En ese momento nos sentíamos felices.

Mi primo, que tenía ocho años, nos contó una historia de miedo. Contó que a las niñas con cabello largo y cargado como el mío se les solía asomar un espíritu. De pronto, a lo lejos vi muchos juguetes hermosos y atractivos. Mientras mis primos se reían, entretenidos, yo corrí a mirarlos, cuando de pronto asomó un muñeco muy feo que llevaba zapatos brillantes. Me sonrió y me dijo que tenía muchas cosas para mí, pero que me fuera con él a un lugar.

Atemorizada, traté de gritar pero no podía. Luego quise correr pero mis piernas parecían estar atadas a unas piedras. El muñeco me decía que estuviera tranquila. De pronto vi linternas y escuché gritos; eran mis padres y mi familia, que venían siguiendo mi rastro. El muñeco huyó de ahí, pero siempre sonriéndome. Mis padres me habían salvado de esa horrible pesadilla.



Desde esa vez, mis padres nos dedicaron más tiempo y casi no volvimos a estar solas en la casa, incluso bajamos a vivir en el pueblo con mis abuelos. Mis padres empezaron a trabajar en otra finca y todos nos sentimos protegidos y felices.

Hasta hoy les tengo terror a los muñecos, y por esa razón no se los compro a mis hijas.




HUGO ARMANDO TROYA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Selva Alegre.

La cabaña de oro

Había una vez un hombre muy pobre. Cansado de serlo, clamó al diablo por riqueza. Al instante, este apareció y le dijo:

—Te daré lo que tanto ambicionas a cambio de tu alma.

El hombre, desesperado, aceptó el trato sin dudar. Entonces el diablo le dijo:

—Ve al cerro más alto. Allí encontrarás una cabaña en la que he dejado una parte del oro que tenía el rey Atahualpa.

El hombre, apresurado, siguió las instrucciones. Al entrar en la cabaña, encontró el suelo repleto de piedras de oro y las cogió. Una vez en el pueblo, comenzó a gastarlo masivamente, pero mientras más gastaba, más insatisfecho se sentía. No había nada que pudiera complacerlo, ni siquiera la más lujuriosa compañía. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba maldito.

Desesperado por el error que había cometido, el hombre recuperó todas las piedras de oro y las devolvió a la cabaña. Una vez allí, se volvieron ceniza y desaparecieron, junto con la cabaña y con el hombre. Nunca se volvió a saber nada de él. Algunos dicen que está en el infierno, sufriendo por siempre, sin poder hallar la paz, por el error que cometió.



MILTON PATRICIO SÁNCHEZ
nació en Cayambe, Pichincha, en 1964. Trabaja en la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es dar clases de Historia.

Las almitas resentidas

A la prima Eulalia, personaje jovial y único en la comunidad, la busca mucha gente para que cure a los guaguas del espanto, el mal aire, el mal de ojo o cuando les coge el *huacaisique*[1], don que adquirió luego del acontecimiento que a continuación relato.

1 Cuco.

Faltaban nueve días para Finados. Algunas familias ya se preparaban para hacer el pan, especialmente pan rascabuche[2], y la colada morada; doña Francisca, para hacer el champús[3] y así venderlo; la prima Eulalia se alistaba confeccionando coronas de difuntos también para la venta.

La noche anterior, la prima Eulalia se había dado cuenta de que estaba atrasada con ese trabajo y se dijo: "Mañana me voy al cementerio a coger los aros de las coronas del año anterior, y así gano tiempo". A las nueve de la mañana, ya en el cementerio, recogió nueve aros con los *huatos*[4] deteriorados, pero se le hicieron tan pesados como si llevara varias docenas.

Al salir, se tropezó y se cayó. Luego de recoger los aros, los amarró con un chilpe[5] y se dio cuenta de que no eran muchos. En el chaquiñán se encontró a la mamá Josefina, que estaba sacando el *mishque* de la mañana. En tono sobrecogido, ella le dijo:

—Ama mía bonitica, qué ha de estar llevando cosas del panteón.

Eulalia solo contestó con un gesto. En el transcurso del día había estado inquieta, con ansiedad, con desesperación, pero no se daba cuenta del porqué de esta actitud ni de lo que estaba por venir.

En la noche y en mi casa, el guagua más pequeño lloraba y lloraba. Papá le dijo a mamá:

—Dele el seno. —Pero el guagua no se calmaba.

—Le ha de haber dado mal aire —respondió mamá. Se referían a mi hermano Enrique, que tenía un año y al que en semanas anteriores, estando en la hamaca, se le había caído desde el

2 Pan de trigo puro.

3 Sopa de mote con dulce.

4 Cordeles.

5 Cuerda delgada del penco seco.



soberado un ratón que se paseaba sobre su *cunga*[6].

Eran las doce de la noche y se oía bulla en alguna casa cercana a la nuestra. Mamá le dijo a papá:

—¡Jaime! Algunos chumados están peleando en la calle.

—¡No! —le contestó—. Parece que el escándalo es en la casa de la tía Rosa.

Papá se levantó y buscó los zapatos, pero no los encontró. Mamá le dijo:

—Ahí mismo han de estar.

En pie *llucho* y sin prender la lámpara de querosén, tomó la decisión de salir a la puerta. Ya allí, gracias a la luna, vio que al

6 Mantilla que se pone al bebé en la cabeza.

fondo de la calle empedrada pasaba un montón de personas y se preguntó: "¿Cómo así a esta hora tanta gente?". Caminó en dirección a la casa de la tía Rosa, llegó a la esquina y regresó a ver abajo: nuevamente el mismo grupo de personas.

Al llegar al corredor se topó con las puertas bien aseguradas y con los gritos de desesperación de la Eulalia, de la tía Rosa, del tío Gonzalo y de la guagua Sandra, hija de la Eulalia. Papá golpeó la puerta pero nadie le abrió. Bastante preocupado, gritó:

—¡Carajo! Abran, soy Jaime. —Pero no hubo respuesta.

Nuevamente gritó de la misma manera, ante lo cual una mano temblorosa entreabrió la puerta. El tío Gonzalo asomó con un hacha en el hombro, en posición de zampar, con los pelos parados y con cara de espanto. Papá le ayudó a abrir por completo la puerta, entró y se encontró con un cuadro espeluznante: los guaguas chillando arrinconados al cucho de la cama; la tía Rosa al filo, desesperada, atendiendo a la Eulalia, quien se encontraba acostada en cruz llorando y gritando, retorciéndose, botando espuma por la boca, con ojos rojos y vidriosos que denotaban desesperación, miedo y terror que no eran de este mundo.

Papá regresó a ver al tío Gonzalo y vio que se había orinado en el pantalón. Con voz fuerte y firme preguntó:

—¡Carajo! ¿Qué es lo que pasa?

—Esta *shunsha* —respondió con voz temblorosa el tío Gonzalo, refiriéndose a la Eulalia— se ha ido al cementerio a coger los aros viejos de las coronas y las almitas vinieron a reclamarle y a llevarla en cuerpo y alma.

Papá le refutó diciéndole que estaba chumado, que estaba desvariando, a lo que el tío con voz desesperada le dijo que no,

que incluso habían venido los abuelos Neptalí y Angelita, padres de mi papá, fallecidos muchos años antes, y que ellos junto con otros familiares cercanos no dejaron que se llevaran a la Eulalia. Papá en ese momento analizó y recordó que el montón de "gente" que había visto pasar eran solamente bultos, y que levitaban: ¡eran las almitas!

Otros vecinos que habían llegado por el escándalo, viendo a la Eulalia como muerta en vida, muy espantados corrieron a traer a taita curita para que rezara, la sahumara y le echara agua bendita. Así pasaron toda la noche hasta que amaneció, a ratos calentándose en la tulpa[7], quemando *jupas*[8] y *chaguariantas*[9] junto al pondo, los pilches y azafates que la tía Rosa alistaba para vender la chicha en Finados.

Las almitas le habían dicho que tenía que hacer una penitencia: dar una misa de difuntos, previamente una procesión desde su casa hasta la iglesia, y posteriormente ir al cementerio a dejar coronas nuevas en los nichos de los que había cogido los aros viejos. En la procesión no podrían faltar el curita, gente del pueblo y nueve niños, que llevarían una corona nueva cada uno.

Al otro día, la prima Eulalia, con moretones en todo el cuerpo, como si hubiese recibido una paliza, adolorida, a ratos adormecida y como si estuviera moribunda, se levantó para cumplir la penitencia. Luego de la misa y ya en el cementerio, cada uno de los niños —entre los cuales estaba yo, vestido muy elegantemente con un terno *saratano*[10] y con botas siete vidas— se dirigió a colocar las coronas justo en el lugar que correspondía.

---

7 Cocina de leña.

8 Palillos.

9 Leña del penco seco.

10 De manchas amarillas, negras y blancas.

Han trascurrido varios años y en muchas ocasiones el tema de conversa ha sido este suceso. Las almitas descansan en paz, no han vuelto por la prima Eulalia, quien vivió para contarlo. Los que sí vuelven son los papás con los guaguas para curarles el espanto, el mal aire y el mal de ojo que les da cada vez que pasan por lugares pesados o cuando los coge el *huacaisique*.

CRISTÓBAL FERNANDO SAMANIEGO nació en Cubijíes, Chimborazo, en 1972. Trabaja en la Unidad Educativa Capitán Edmundo Chiriboga. Su actividad favorita es compartir el proceso de enseñanza con sus estudiantes.

Historia de la curva de La Calera

Soy el tercero de los hijos de la familia Samaniego Erazo. Crecí en un hogar donde como norma de vida cultivé valores fundamentales tales como respeto, responsabilidad, solidaridad, entre otros, que se transformaron en norma de vida para el éxito deseado. Recuerdo que en mi infancia pasamos vicisitudes con mis hermanas y hermanos. Debíamos aportar para que el sustento no faltara.

Mi Cebito, como le decimos a mi papá, tuvo que migrar por asuntos de trabajo a la Costa, específicamente a San Vicente de Colonche, hoy provincia de Santa Elena, porque allí consiguió trabajo como chofer profesional. Pasaba allí veintidós días y retornaba ocho al hogar. Recuerdo que, con mis hermanos Angelita y Carlos, por las tardes íbamos a traer el ganado de la propiedad de mi papá y de mi abuelo, en el sitio denominado La Calera. Mi Shimita (nuestra mamá) recomendaba que no nos hiciéramos muy tarde porque era peligroso, especialmente en la curva que teníamos que cruzar con el ganado. A ambos lados del sitio mencionado se podían observar cruces como testimonio de que habían fallecido varias personas.

En muchas ocasiones no tomábamos en serio esta recomendación, pues en el trayecto teníamos que pasar por el ejido, un sector amplio de pasto. Allí encontrábamos a varios primos, quienes realizaban piolas con cabuya y adicionalmente hacían pastar a sus animales. Era el sitio predilecto para retarlos a un partido de fútbol, deporte que me gusta y practico hasta el día de hoy. Un partido se hacía dos, y así sucesivamente hasta el punto en que no nos dábamos cuenta del tiempo y se hacía bien tarde para llevar a los animales.

En ocasiones mi abuelo Abel, al ver que no llegábamos al establo a la hora que debíamos estar, salía a vernos y nos esperaba en la curva para ayudarnos a pasar. Y, supongo que para atemorizarnos, nos decía que allí, como habían fallecido varias personas por accidentes de tránsito, las almas nos llamaban para que les hiciéramos compañía. Al oír ese relato se nos ponían los pelos de punta y prometíamos ya no hacernos muy tarde y cumplir con lo que nos decían. Pero más podía el fútbol antes que lo que nos decía mi papá Abel, como lo denominábamos.

En cierta ocasión nuevamente se nos hizo tarde. Al momento en que íbamos a cruzar, observamos la luz de un auto. Por seguridad nuestra y del ganado, esperamos hasta que pasara. Grande fue nuestra sorpresa al ver que se demoraba, y a esto se sumaron una ventisca helada y un ruido furibundo que nos hizo estremecer. Recordamos en ese instante lo que nos había mencionado algunas veces papá Abel.

Hasta que en ese momento pasó el auto: era un taxi que se detuvo luego de la curva. Mayor fue nuestro susto cuando observamos en la noche la silueta de un señor que descendía. Era un hombre que se iba acercando hacia nosotros. En ese momento, mi hermano Carlos manifestó que arreara al ganado para cruzar. Tanto fue el temor que yo no sé qué hice para que todas las cabezas de ganado se agruparan, y pasaron en segundos.



En ese momento, la silueta del señor que se había bajado del taxi se acercaba a mí. Ya era de noche. Me dijo:

—Fernando, no te asustes. Soy Cristóbal, tu padre.

En ese instante, el alma regresó a mí. Me hizo subir al taxi, en el que había otros ocupantes, entre ellos un tío y primos que trabajaban con mi padre en la Costa.

Ya en nuestra casa, con la presencia de toda mi familia, conversábamos de lo que había sucedido. Y en un ambiente de paz, armonía y cordialidad, mi padre, mi abuelo y mi madre, los tres al unísono, nuevamente manifestaron que debíamos tener mucho cuidado y no hacernos tarde al cruzar la curva de La Calera. Que allí en ese sitio penan las almas y llaman a los niños para que les hagan compañía.

DÉVORA NATHALY MIRANDA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Juan Montalvo.

La Encantada

Había una niña que vivía con su madre en una casa cerca de un río. La niña era muy desobediente: cuando su madre le pedía que hiciera un mandado o alguna encomienda, no lo hacía, si le pedía que la ayudara en algo que necesitaba, lo hacía de muy mala gana y, a propósito, hacía todo lo contrario de lo que le había dicho su madre.

Un día, en Semana Santa, la niña le pidió a su madre que la dejara bañarse en el río, pero esta se negó. Le dijo que no lo hiciera

porque, si se sumergía en el río en Semana Santa, se convertiría en sirena. La niña, sin embargo, le dijo:

—No es posible que me convierta en sirena. Es una mentira tuya.

Desobediente, se tiró al río y empezó a nadar. Tras sumergirse de nuevo, lo que salió, de la cintura para abajo, era un pez. El cabello se le volvió tan amarillo que brillaba, y le aparecieron un mate y una peineta de oro. La niña se despedía de su madre mientras se alejaba.

Todos los años en Semana Santa se puede observar a la niña con su cola de pez, su mate —con el que recoge agua y se la echa en el cuerpo— y su peineta de oro. No obstante, su madre nunca la volvió a ver.

También aparece en el cerro de Samborondón. Los hombres la llaman "la Encantada", porque cuando se le acercan, desaparece.






MARÍA LEONOR CHÁVEZ
nació en Pucará-Cerro Negro, Azuay, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cornelio Vélez. Su actividad favorita es leer.

La panela de oro

Cuenta la historia que, hace mucho tiempo, a una joven que vivía en el campo con sus padres un día le dijeron que fuera a buscar hierba para los cuyes. Caminó y caminó hasta que llegó a una loma y observó que al frente había una quebrada.

Pasando la quebrada había una peña, y al pie de ella había una hierba muy verde que llamó la atención de la joven. Cuando estaba por llegar escuchó cantar a un gallo, y poco después empezó a llover y a relampaguear solo en el lugar donde ella



estaba. Rápidamente se puso a coger la hierba, pero el gallo no dejaba de cantar. La joven pensó que el animal estaba extraviado. Entusiasmada, caminaba tratando de encontrarlo.

Mientras se acercaba, veía una luz muy intensa que provenía de entre las hierbas verdes. Al lado estaba el gallo que cantaba. Aquella luz, que botaba chispas ardientes de fuego, provenía de una panela de oro, pero ella no tuvo miedo, la tomó y se la llevó para su casa.

Cuando llegó, por la noche, se puso enferma de gravedad. Sus padres se preocuparon y también sus vecinos: pensaban que la joven iba a morir por haber tomado la panela de oro. La enfermedad le endureció el cuerpo y le dolía mucho. Su mamá, preocupada, le daba medicamentos, pero pasaban los días y no se recuperaba. Al ver que no tenía mejoría, su padre fue a traer

al cura Juan para hacerla confesar, porque todos creían que iba a morir. Cuando llegó, el cura le preguntó a la joven qué le había pasado. Ella respondió que encontró una panela de oro y el sacerdote le dijo:

—Entonces, regala una libra de oro para la Iglesia.

Pero la joven se negó a compartir. Entonces el cura la dejó con la confesión abierta porque no recibió el cuerpo de Jesús.

Pasaron los años y la joven siguió viviendo, ya no tan enferma. Se casó con don Manuel y tuvieron un hijo al que llamaron Ángel. Cuando llegó a ancianita y estuvo en agonía de muerte, su hijo fue a traer al padre Tomás, pero la historia se repitió: este también le pidió que diera una parte del oro para la Iglesia, pero la ancianita otra vez se negó. Entonces, el padre la dejó con la confesión abierta, porque no recibió el cuerpo de Jesús.

La ancianita vivía sufriendo. No podía morir en paz, por el hecho de no poder compartir la panela de oro.




HERNÁN ALEXANDER QUIZHPE
nació en Loja, Loja, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fernando Suárez Palacio. Su actividad favorita es leer historias sobre su ciudad.

El toro de tres patas

Hace cuarenta años, en el sector de Masaca, la mayoría de habitantes vivía en las montañas con sus animalitos: vacas, pollos, perros, etc. Entre esas familias se encontraba la de mi abuela, quien vivía con su papá y dos de sus hermanos. Se levantaban muy temprano para alimentar a los animales y preparar la comida. Esas actividades se repetían todos los días, en la mañana, en la tarde y en la noche.

Para ellos esforzarse era lo más importante, ya que de eso vivían. Sin embargo, a veces los niños no hacen caso cuando se les

dice que ya es tarde. Mi abuela obedecía, pero sus dos hermanos no; ellos querían divertirse siempre un poco más.

Una noche, los dos hermanos habían estado jugando a rodar por la falda de la montaña y decidieron volver a la casa cuando ya había oscurecido. Empezaron a subir y en el camino se percataron de que un toro bajaba saltando de la cima. Pensaron que era de algún vecino y que se había escapado, pero al acercarse vieron que tenía tres patas. Se asustaron tanto que no pudieron moverse, hasta que vieron que el animal desaparecía al filo de la quebrada.

Esta fue una experiencia muy fuerte para los dos hermanos, que finalmente aprendieron a obedecer lo que su padre les decía. Comprendieron al fin que, si no hacían caso a sus mayores, el toro se les aparecería.

***

En el mismo sector donde había aparecido el toro, vivía una pareja de esposos solitarios, sin hijos ni mascotas a su alrededor. A la pareja no le molestaba la soledad, porque se tenían el uno al otro.

Pasó el tiempo y una noche empezó a llover. La pareja estaba muy contenta porque tenían salud y estaban juntos, que era lo que más les importaba. En medio de la tormenta, una persona de gran estatura se acercó a su casa y tocó la puerta para que le abrieran. Lo hizo la esposa, que al ver al hombre empapado le ofreció una toalla.

Mientras se secaba, la esposa puso la mesa para invitarlo a comer. El sujeto aceptó y se sentó junto a la pareja. Ya en la merienda, la esposa se percató de que aquel hombre tenía una forma muy extraña de comer: cuando se metía la comida a la boca, se le caía al piso. Empezó a asustarse con esta situación. En ese momento, el sujeto se levantó y la pareja vio que tenía un orificio debajo de la boca.

El hombre rio y dijo:

—No es bueno que vivan solos. Deben tener por lo menos un perro o una vaca que los acompañe. Los perros empiezan a aullar cuando yo estoy cerca, y no puedo soportar el aliento de las vacas.

La pareja no tenía idea de lo que el sujeto quería decir, cuando de la nada le salió una cola muy larga, y no solo eso, sino también cuernos y fuego de la boca.

—¿Quién eres? —preguntó el esposo.

—¿Que quién soy? —contestó el sujeto—. Pues yo soy el diablo, y les doy una advertencia: dejen de vivir solos o me los llevaré al infierno por alejarse de los demás.

Dicho eso, el sujeto desapareció. Desde ese día, la pareja tuvo muchos animales que les hacían compañía. Todas las tardes, antes de que oscureciera, el esposo acercaba a la casa a las vacas que tenían, para que su aliento mantuviera alejado al visitante.



JOSSELYN DAYANA SILVA
estudia en la Unidad Educativa J. M. Jijón Caamaño y Flores.

El hombre en la Luna

José era muy conocido por todos en el barrio. Era amigable, humilde y vivía solo. Además, amaba su trabajo: crear con madera. Sus diseños de sillas y mesas eran preciosos, pero su adicción le hacía daño: se lo podía escuchar trabajando hasta las cuatro de la mañana.

Con el tiempo, los pocos amigos que José tenía se alejaron de él, ya que jamás tenía tiempo para un descanso. Siempre que lo veían decía:

—Lo siento, pero estoy trabajando.

Por lo general se lo veía con su burro, cada día más cansado, más exhausto, siempre de apuro, siempre ocupado. Además José sufría del corazón, él lo sabía muy bien, pero a veces estaba tan concentrado en terminar su trabajo que posponía su medicina por días y hasta semanas.

Un día como cualquiera, José volvía de comprar madera para un nuevo juego de sillas que le habían pedido. Le iban a pagar muy bien, así que estaba ansioso por terminar. Las horas pasaron y con ellas el trabajo de José iba finalizando. Al acabar soltó un suspiro, cansado pero satisfecho.

De repente, a José le empezó a doler demasiado el pecho. Fue un dolor punzante, como si le enterraran una flecha directamente en el corazón. Empezó a dar vueltas mientras buscaba el bote de pastillas por todo su taller. El burro, al oír el estruendo, empezó a rebuznar con desesperación intentando soltarse de su cuerda, aterrado. Tanta fue la desesperación del burro, que se ahorcó.

Cansado y sin fuerzas, José se recostó en el suelo, apoyando su cabeza en una de las sillas que había terminado, mirando fijamente a la Luna, la cual brillaba como nunca. Terminó helado como aquel frío amanecer.

La Luna, poco a poco, empezó a acercarse a quienes ahora eran seres inertes; cerca, más cerca, muy brillante. Brilló con tanta fuerza que ambos desaparecieron en su resplandor.

Pasaron meses hasta que los vecinos se dieran cuenta de la desaparición de José. Buscaron por todas partes pero jamás apareció; solo encontraron la soga con la que el burro se había



ahorcado y el juego de sillas que José había acabado. Estaban todas juntas menos una, que estaba fuera del taller. Desde entonces empezaron a rumorear que si trabajas hasta tarde, la Luna te tragará por no respetar su presencia.




EDWIN HUMBERTO CÓRDOVA
nació en Tulcán, Carchi, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila. Su actividad favorita es ser profesor.

El misterio de El Ángel

Contar una historia es volver al pasado y traerlo al presente para vivir momentos agradables, por no decir incluso graciosos. En varios participamos sin querer; en algunos, por casualidad del destino; y en otros, por comprobar si era verdad o mentira lo que contaban nuestros abuelos, papás y conocidos.

Recuerdo que don Jorge, como llamaba a mi primer amigo cuando llegué a trabajar en el Colegio Nacional Libertad, del cantón Espejo, contaba que en el puente Ayora, la reserva ecológica y el parque central de El Ángel siempre sucedían cosas extrañas a la gente que se trasnochaba o bebía. Como todo incrédulo, me reía y le decía que no podía ser verdad. Entonces él me miraba con sus ojos serenos y decía:

—No se burle, licenciado. Usted lo dice porque recién está conociendo el pueblo y no sale de su casa en las noches.

Yo me quedaba en silencio, esperando que él me relatara alguna de esas historias maravillosas. Un día contó que, pasando por el centro del Parque Libertad, los chumados perdían el conocimiento, sin querer, y llegaban a otros lugares, en ocasiones incluso sin ropa. Me quedé extrañado y le solicité más datos de lo sucedido, porque no era uno solo sino varios personajes a los que les había pasado esto. No dio nombres, pero la historia que él sabía le había pasado a un señor que tomaba mucho y vivía en Chabayán: apareció en el puente Ayora, tumbado y muerto por el frío, que en El Ángel es cosa seria.

Tanta fue mi curiosidad que no dormí en la noche. Me imaginaba qué sería, si acaso un fantasma o un ser del más allá. No quise comprobar nada en el momento, pero ahora digo que es cierto. Recuerdo que eran las fiestas cantonales. Había una programación variada: pregón, desfile y el gran baile en la noche para todos los angeleños y visitantes que llegaban. El sonido del discomóvil inundaba la ciudad con sus ritmos, desde un sanjuanito hasta el rock de los años ochenta y noventa. Todo era diversión, cantos, gritos y vivas al cantón Espejo.

En medio del festejo me encontré con algunos amigos y disfrutamos entre tragos. Al poco tiempo me paré frente a los

equipos de amplificación y conocí a un joven al que le decían Bencho. Conversas van, conversas vienen, llegó la medianoche.

Entonces sí me preocupé. Fue como si llegaran a mis ojos las imágenes de esos seres extraños de los cuales había escuchado, porque tenía que regresar a mi casa en la parroquia La Libertad. No sabía cuál camino seguir: si por la calle Esmeraldas o por el paso central del parque. Decidido, caminé a paso largo, pero cada vez sentía más pesados los pies, hasta que no sé ni cómo, todo se volvió negro. El camino no estaba allí.

No sé cuántas horas caminé ni en qué dirección lo hice. Lo cierto es que me encontré de repente sentado en la visera que hay al final de la avenida de entrada a la ciudad, temblando de frío, temeroso de que algo malo pudiera pasar.






ÉDGAR GOVEA
nació en Tabacundo, Pichincha, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es el fútbol.

La flor del diablo

Esta historia sucedió en un campo de la provincia de Manabí. Una mañana, un humilde campesino salió a su trabajo, como de costumbre. En el trayecto encontró una flor muy brillante, que recogió y guardó en un costal.

De pronto, apareció un hombre en un caballo negro con un perro negro y un sombrero muy grande, y le preguntó qué llevaba en el saco. El humilde campesino le dijo que nada. Aquel hombre del caballo negro era el diablo, y este sabía que el campesino sí



tenía la flor, la última que le faltaba recoger. El diablo, entonces, le propuso comprársela:

—Te doy cinco sacos llenitos de dinero. —Pero el campesino no quiso—. Te doy el doble: ¡diez sacos!

El campesino, ante la insistencia de aquel hombre, decidió vender la flor. El hombre desapareció, tras dejarle diez sacos pero vacíos, para que los llenara con hojas secas de cacao. El campesino empezó a llenar los sacos, pero no todos, sino solo dos. Nunca se imaginó que aquel hombre era el diablo.

Una vez en su casa, su mujer le preguntó por qué se había regresado y no había ido al trabajo, y él le respondió:

—Por el camino encontré una flor muy bonita y la recogí, pero de pronto apareció un hombre y me la compró. Me dijo que me iba

a dar diez sacos de dinero, pero los dejó vacíos y me dijo que los llenara con hojas, así que me enojé y solo llené dos.

La mujer le preguntó dónde los había puesto y él le respondió que estaban afuera de la casa. Ella fue y regresó inmediatamente, muy sorprendida: los dos sacos que había traído su marido estaban llenos de dinero. Aquel campesino se convirtió en un hombre muy rico, y es así como termina esta historia de aquel tiempo.

MERY GENOVEVA ÁVALOS
trabaja en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Monseñor Leonidas Proaño.

El patojito de Rumipamba

Don Antonio, un hombre sencillo, tranquilo, morenito, de mediana estatura, cojeó por una enfermedad en su pierna derecha desde la corta edad de cinco años. En ese entonces, salía de su humilde casa todos los días rumbo a su escuelita rural. Llevaba siempre su pizarra y su tiza porque le gustaba aprender, sobre todo Matemática. Al poco tiempo empezó a sentir mucho dolor

en sus huesos, por lo que tuvo que hacer reposo en su cama por varios años. Entonces, la maestra Anita, una señorita muy cordial y llena de paciencia, iba cada tarde a su casa para enseñarle a su estudiante favorito a leer, a escribir y a realizar las cuatro operaciones básicas.

Luego de varios años, don Antonio, ya casado con doña Amalia y establecida su familia, que constaba de varios hijos, se dedicó al trabajo honrado. Realizaba su labor todos los días, incluidos sábado, domingo, feriados y días festivos. Siempre iba alegre rumbo a su trabajo, que consistía en conseguir troncos de leña para llenar su camión y acumularlos en su horno de cal. Aquel era su *modus vivendi*, su microempresa, de donde obtenía los recursos para alimentar y educar a sus nueve hijos y a su esposa.

Un día, en vísperas de Finados, salió rumbo a su cometido, pero no pudo hallar al dueño del bosque que deseaba comprar, con quien ya había realizado un contrato verbal (porque en aquel entonces la palabra tenía mucha valía para las personas de honor).

Tuvo que esperarlo hasta muy tarde para poder embarcar los troncos de leña. Así pues, llegó casi la medianoche, y ya de regreso a su casa, solo, con los sonidos de los animales propios del campo y una noche sumamente oscura, se sentía un ambiente pavoroso. La neblina caía como una sábana de un color gris oscuro, las ramas de los árboles se asemejaban a brazos de gigantes que querían alcanzarlo. Cuando había llegado al lugar denominado las Cuatro Esquinas, en la parroquia San Juan del cantón Riobamba, en la vía al Chimborazo, vio que venía un gran grupo de personas, cada quien con vela en mano, en una procesión, acompañando a un féretro. Se detuvo para que pasara semejante cortejo, y pensó para sí: “¿Quién habrá fallecido? ¿A dónde lo llevarán? ¿Por qué a estas horas de la noche?”.



Luego de que casi terminaran de desfilar frente al camión viejito, herramienta valiosa que le servía mucho para su labor, quiso encender el motor, pero no arrancaba. Gasolina tenía, y mantenía al motor en buen estado. Se asustó mucho, le dio pavor, y pensó: “Voy a pedir ayuda a los que pasaron”. En ese momento se acercó uno de los encapuchados. Antonio alcanzó a ver que era una calavera. Regresó a ver a los demás y no eran sino esqueletos que deambulaban cerca de él y querían subirse al camión. ¡Se trataba de la muerte!

Así, con todo el susto, trató de arrancar, temblando, ¡blanco como un papel! Solo le quedó un último recurso: pedir a Dios creador que lo ayudara. Recordó que, en las Santas Escrituras, Él dice: “No te dejaré ni te desampararé”. Se puso a orar como nunca antes lo había hecho: habló con gran desesperación y le pidió que encendiera el automotor.

Luego intentó nuevamente arrancar y sucedió el milagro esperado. No solo eso, sino que como un bólido en autopista aceleró el motor en aquellas calles llenas de huecos, y llegó en pocos minutos a su casa, donde lo esperaba su hija más pequeña, la consentida, Socorro. Un abrazo de ella y un beso tierno lo reconfortaron, y le dijo:

—¡Papá! ¿Por qué no vino pronto? ¡Lo estábamos esperando para que nos narre esos cuentos misteriosos que tanto nos gustan!




EDUARDO ENRIQUE REYES
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Palmar.

La dama del camino

Una noche, una pareja había ido a divertirse. En aquella época comenzaban a ponerse de moda los salones de baile. Más tarde, esa misma noche, la joven discutió con su novio y decidió volver a su casa sola, pensando que con algún aventón lo podría lograr. Sin embargo, la joven fue atropellada por un automóvil. Como nadie la reclamó ni tampoco sabían su nombre, pues al parecer no tenía familia, la gente comenzó a llamarla simplemente "La dama del camino", porque su fantasma comenzó a aparecerse tres años después de muerta.

Varios automovilistas dijeron haber recogido a una joven vestida de blanco, quien pedía que la llevaran lejos del cementerio. Luego, esa mujer, según dicen, se desvanecía poco a poco. Quienes la llegaron a subir en su automóvil cuentan que era algo indiferente pero bastante parlanchina.

Un hombre viajaba en su automóvil con su esposa y sus dos hijos. Cerca de la medianoche, vieron de pronto que una mujer vestida de blanco les hacía señas para que se detuvieran. Cuando lo hicieron, el señor pidió a sus hijos que se corrieran para que la mujer pudiera subir, pero, además, como el coche era de dos puertas, la esposa tuvo que bajarse para permitir que la joven pasara a la parte de atrás.

Cuando ya todos estaban en el vehículo, el hombre arrancó. Llevaban el estéreo muy fuerte y jamás bajaron el volumen, situación que no importó a la mujer, quien hablaba como si el resto no estuviera allí. Todos le mostraban algo de atención, pero estaban más interesados en las canciones que escuchaban del radio.

Sin embargo, en un punto en que el automóvil se acercaba a una curva muy pronunciada, la mujer gritó:

—¡Cuidado con la curva!

Todos voltearon muy desconcertados a verla, pero ella continuó:

—¡Está arriesgando su vida y la de su familia!

El conductor redujo la velocidad y tomó el giro sin peligro. En ese momento todos se dieron cuenta de que la extraña pasajera había desaparecido.

Quedaron tan turbados que fueron a la caseta de Policía más cercana para informar de su experiencia. Ahí se dieron cuenta de que los policías no se sorprendieron con lo que decían, sino que,

al contrario, lo tomaban con toda tranquilidad, como si fuera algo muy normal. Fueron precisamente ellos quienes corroboraron lo que decían acerca de la leyenda de la dama del camino, debido a que en múltiples ocasiones ya les habían manifestado lo mismo varios automovilistas que pasaban por el lugar.

De este modo, la familia del hombre comprendió que aquella mujer estaba tratando de avisarles que corrían peligro. También fueron advertidos de que muchos conductores perdían el control de sus autos en esa curva. Incluso, esa misma noche, un poco más tarde, hubo en esa curva un accidente en el que murieron dos personas, una pareja que acababa de casarse. De ahí también surgió el mito de que a la dama del camino no le gusta la felicidad de las parejas jóvenes.



LUIS MANUEL ZHUMI
trabaja en la Unidad Educativa Héroes de Verdeloma.

La mujer que vendió su alma

Hace poco tiempo, en una casa con paredes de madera, carrizo, paja y barro, y techo de paja y teja, vivía una señora de avanzada edad, sola, aunque a pocos metros estaban las viviendas de sus hijos. El peso de sus años y otros menesteres propios del campo hacían que se enfermase con frecuencia en sus últimos días. Ante sus recaídas, sus hijos y los vecinos acudían presurosos.

—¡Ay, me duele todo el cuerpo! —decía en ciertas ocasiones—. ¡Ay, se me ha roto la mano cuando venía “mudando” a mis vaquitas! —murmuraba en otras.

Los familiares, preocupados, pasaban algunas noches cuidándola hasta hallar la mejoría a sus dolencias. Hacían remedios del campo, sugeridos por quienes tenían más experiencia, pero las veces que no atinaban a curarla ocurría algo extraño… Cuando todos estaban dormidos, misteriosamente salía de la casa y desaparecía.

Al día siguiente, los vecinos que madrugaban a sus ocupaciones campestres la encontraban bajando del cerro cargada con su buena parva de plantas medicinales y, además, “sanibuena”, como si nunca hubiese sufrido un malestar. Al saludarla y preguntarle por qué madrugaba tanto, arrugando el ceño contestaba:

—Subí a buscar unos “montecitos” para curarme, pero ya estoy bien.

Asombrados, los campesinos continuaban hacia su lugar de destino, mientras que la viejita hacía lo propio en su trayecto de vuelta al hogar. Ante tales acontecimientos no se hacía esperar el chisme de la milagrosa curación.

En otra ocasión en que se quebrantó su salud con mayor gravedad, y mientras familiares y vecinos la cuidaban esperanzados de que se recuperara con agüitas del campo, a eso de las doce de la noche comenzó a correr un fuerte viento. Sopló y sopló hasta que se apagaron todos los candiles de mechón y querosén con que se alumbraba la habitación y las tinieblas se propagaron hasta calar el alma. Pasado el ventarrón prendieron de nuevo los faroles y fueron a ver a la enferma, pero ya no estaba. Asustados, la buscaron alrededor de la casa, por la cementera de maíz y papas, por las casas de la vecindad, sin resultado alguno. La llamaron a todo pulmón, pero no tuvieron respuesta.

Un lugareño que siempre madrugaba para atender a su ganado la encontró bajando, sana en la mañana fría, cargada con sus “montes”. Casi no entabló conversación, porque la anciana le daba un poco de temor.

El acontecimiento nuevamente corrió de boca en boca. Así nació la creencia de que la señora tenía algún asunto con el maligno; decían que iba al peñón para encontrarse con su “amigo” del más allá, quien le había pedido que acudiera a su encuentro siempre que se enfermara, a cambio de su alma cuando dejara este mundo.

Pasado el tiempo, la anciana enfermó muy gravemente; ni los remedios caseros ni la visita del médico la salvaron. Finalmente, cerró los ojos para siempre en una noche no tan agradable. Con un poco de miedo, los vecinos acompañaron a sus familiares en el velorio, pero no permitían que se quedaran solos; más bien, se reunieron bastantes y se hicieron compañía hasta el nuevo día.

Apenas la velaron una noche y, diligentes, a la madrugada acudieron a la montaña a confeccionar el ataúd. Pasado el mediodía, los que entendían algo de carpintería rápidamente armaron el féretro. Ya listo, se lo dieron a sus familiares, quienes de inmediato colocaron a la difunta y se dirigieron a la misa. Los vientos azotaban los árboles, las casas, los peñascos y todo aquello que encontraban a su paso.

Antes de llegar a la capilla del lugar, se sintió un frío aterrador acompañado de una sorpresiva lluvia que se incrementaba cada vez más. Ya pasada la ceremonia religiosa, trasladaron los restos al cementerio, y siguiendo la tradición del lugar la sepultaron en tierra, pues aún no se disponía de las modernas bóvedas. La lluvia se tornó más copiosa y esta vez se vio acompañada de truenos y relámpagos, sin olvidar los fuertes vientos, que continuaron castigando el lugar. Esperaron a que pasara la tormenta pero, como no escampaba, con ayuda de los presentes colocaron los



restos en la fosa, en medio de algunos sollozos de los familiares y el temor de los demás.

Cuentan que el último hombre que se quedó se aterrorizó al sentir que, inesperadamente, el ambiente se volvió completamente oscuro; quiso huir pero no pudo. Tan solo sintió venir con más fuerza el viento, mientras que los truenos y relámpagos no cesaban. Fue un instante y de pronto todo se aclaró, como si nada hubiera pasado. Su curiosidad hizo que volviera al sitio donde se había enterrado a la mujer. Con asombro divisó que, en lugar del bulto de tierra que suele tapar las tumbas, había un hoyo de la anchura de un dedo. Se especula que por ahí sacó el diablo el cuerpo inerte de la señora, y se lo llevó para siempre.

Años después, al remover la tierra para los menesteres del oficio de enterrar a otro muerto, se dieron cuenta de que en ese sitio no había nada, ni siquiera la caja de la anciana.

JEISSON ARIEL CALLE nació en Zamora, Zamora Chinchipe, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Francisco de Asís. Su actividad favorita es leer.

Lo que la muerte esconde

Hace mucho tiempo, en la orilla del río Yacuambi, existía una pequeña aldea a la cual llegó una pareja de extranjeros; la esposa estaba encinta, así que se hospedaron en aquel lugar poco ordinario para rehacer su vida. Todos los veían como extraños, ya que las visitas no eran comunes por ahí.

Pasados tres meses, llegó el momento del parto. Aquel día nació Ana, una niña igual de hermosa que una rosa. Creció con el amor y

el cariño de sus padres y se convirtió en una bella señorita, amada y deseada por todos. Cierto día, al llegar la noche, la joven divisó una flor nunca antes vista en ese lugar. Sin pensarlo dos veces se dirigió allí, pero la flor desapareció.

Ana regresó a su hogar diciéndose a sí misma: "¿Cómo es que una flor tan bella desapareció sin dejar ninguna pista?". Contó lo sucedido a sus padres, quienes no dudaron en decirle que jamás volviera a aquel lugar, ya que habían oído rumores de que en el río habitaba la muerte, quien se transformaba en lo que más deseaba tu corazón para luego destruirte.

Una tarde, mientras visitaba a una amiga, se encontró con un joven llamado Oliver, el hijo de los vecinos. Al verlo, la joven sintió algo extraño en su corazón, corrió a su hogar y preguntó a sus padres:

—¿Qué es esto que siento en mi interior?

—Es amor —le respondieron sus padres sin dudarlo, y enseguida le preguntaron el nombre del joven.

—Oliver, el hijo de los vecinos.

Al oír esto, molestos, le dijeron que no debía enamorarse de él, ya que no tenían una buena relación con sus padres. Dicho esto, la joven se retiró a su habitación con gran tristeza y lágrimas en sus ojos, preguntándose por qué no podía ser feliz con la persona de la cual estaba perdidamente enamorada.

Al día siguiente se dirigió nuevamente a casa de su amiga. En el camino se encontró con Oliver, quien también sentía lo mismo por la muchacha. Cuando el joven empezó a platicar con ella, Ana olvidó todo lo que sus padres le habían ordenado. Él le propuso que fueran novios y la joven aceptó inmediatamente. Pasaron mucho tiempo viéndose a escondidas, sin que sus padres lo notaran.

Una mañana, su amiga, quien también estaba enamorada de Oliver, los descubrió en las cercanías del río. El odio y el rencor invadieron su corazón, así que corrió a contarles a los padres de Ana lo que había visto. Ellos, furiosos, fueron hacia el lugar y la encontraron junto a su amado. El padre tomó a la fuerza a su hija y la arrancó de los brazos del joven. Ana no volvió a verlo por tres días, ya que la encerraron.

Oliver, por su parte, no dejaba de pensar en la muchacha y de qué manera podía volver a verla. Uno de esos días la vio en la orilla del río y corrió de inmediato hacia ella. Al llegar, sin embargo, se encontró con la muerte, quien fingió preocuparse por aquel amor imposible, cuando lo que en realidad buscaba era tomar posesión de sus almas.

La muerte le dijo que le contara cuál era el problema, a ver si podía solucionarlo, así que Oliver se lo contó en detalle.



—Eso se puede solucionar en un abrir y cerrar de ojos —dijo la muerte—, pero todo tiene su precio. Lo único que debes hacer es traerme un pedazo de tela.

—Eso es muy sencillo —replicó Oliver.

—No, ¡no es cualquier tela! Es una tela bañada en oro, que se encuentra dentro de una cueva donde la presencia del sol es nula. Ten cuidado —le dijo—, porque un alto precio tendrás que pagar o tu vida has de dar. —Riéndose, terminó—: En tres días, antes de que la tercera campanada anuncie el anochecer, tú tendrás que haber traído aquella tela a este lugar y obtendrás el amor de tu amada. Pero si no lo haces te encontraré, te perseguiré y tu vida tomaré.

Dicho esto, cerraron el trato. La muerte se retiró a sus aposentos con grandes carcajadas, mientras el joven regresó a su hogar con el corazón tenso y el alma desconcertada.

A la mañana siguiente, Oliver empezó su búsqueda, pero antes le escribió una carta a su amada, en la cual le contaba lo que iba a hacer para demostrar su amor. La joven, al leerla, estalló en un profundo llanto. Sin pensarlo dos veces, escapó de las rejas que la atormentaban y salió en busca del muchacho.

El joven, dentro del corazón de la selva, ya no podía buscar más. Su cuerpo estaba débil y deshidratado, pues ya habían pasado dos de los tres días del plazo. Se recostó en el áspero suelo, cerró sus ojos y al volver a abrirlos vio a Ana junto a él. Se levantó un poco aliviado de su cansancio e inmediatamente se acostó a sus pies; allí empezó a llorar pidiéndole perdón por haber hecho aquel trato con la muerte. Ella, con una sonrisa cautivadora y brillo en sus ojos, supo animar al joven.

Ambos, felices, se abrazaron y decidieron volver.

—¿Cuántos días han pasado desde que salí del pueblo? —

preguntó el joven.

—Hoy se cumplen tres días.

Oliver notó que faltaba poco tiempo para que se cumpliera el plazo. Ana trató de calmarlo y le dijo que hablarían con la muerte para pedirle que lo perdonase. Cuando tocaron las tres campanadas que anunciaban las seis de la tarde, ellos ya estaban en la ribera. En ese instante todo se volvió oscuro y siniestro. La muerte se presentó ante ellos y dijo a Oliver:

—Hace tres días te hice un favor a cambio de algo. ¿Dónde está?

—No he logrado obtenerlo —respondió con temor.

La muerte, furiosa, sin escuchar razones, tomó a Oliver y sin piedad le quitó la vida. Ana, desesperada, no supo qué hacer; corrió a sostener el cuerpo de su amado y comenzó a llorar. La muerte se posó frente a Ana, disfrutando su triunfo, y la joven le gritó:

—Así como arrebataste la vida a mi amado, yo también iré con él. —Y tomó sin permiso el arma de la muerte y se quitó la vida.

La muerte trató de tomar las almas de los jóvenes pero no pudo hacerlo, puesto que su amor era tan grande que ni su propio poder logró separarlas. Y fue así que se unieron en un lazo de amor: se transformaron en una bella flor que brillaba como la luz del sol y a la vez liberaba un aroma suave, dulce y atractivo. De pronto, se escuchó una voz desde el cielo:

—¡Maldita tú por haber arrebatado un amor tan puro e inocente! Desde ahora te condeno a que cada año, en el mes de noviembre, dediques tu tiempo a velar por aquella flor. Nunca más intervendrás en el amor de nadie.

La muerte, entristecida y aceptando su castigo, escondió la flor y se perdió. Se dice que esta perdurará como muestra de verdadero

amor y sacrificio. Muchos la han buscado pero nadie la ha hallado. Se considera que los indicios que nos llevarán hacia la flor están ocultos en este pequeño párrafo:

“Cada año en el mes de noviembre, la luna brillará, alcanzará su punto más alto y hará surgir nuevamente la preciada flor. Felices las personas que logren verla, pues un gran tesoro encontrarán, pero no la desees con codicia o ambición, porque se perderá y la muerte te llevará. Ella, la encargada de cuidar la flor en dicho mes”.




JANNETH VACA
nació en Huaca, Carchi, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila. Sus actividades favoritas son enseñar y cocinar.

De huacas, lagartijas y bueyes

En tiempos de cuando mis abuelos vivían en la hacienda llamada Cuatis, perteneciente al comandante Federico Guerrón, la vegetación exuberante se prestaba para miles y miles de historias mágicas, como esta que narraba mi abuela. Ella se sentaba al fogón junto con sus doce hijos y les contaba que por los montes, por los potreros o en los pozos de agua se les aparecía la huaca, esto es un

entierro de plata, o un tesoro enterrado junto con un muerto que era su dueño.

Mi abuelita contaba que en el pozo donde lavaba la ropa una vez se le apareció una lagartija que tenía un cierto brillo, y que además en ese momento pareció que el aire se volvió pesado, tanto que dejó de lavar, se fue a la casa y hasta le dolía la cabeza. Por las noches empezó a soñar que la lagartija del pozo la llamaba y le pedía que la sacara de donde estaba. Tres noches la soñó del mismo modo, pero no la quiso escuchar; jamás fue a ver si era cierto o no lo de la huaca.

—Si lo hubiera hecho tal vez seríamos ricos —decía—, pero cuando fui a querer sacarla ya no hubo nada.

Ay, pero otros sí habían hallado la huaca y se habían hecho ricos. La veían en diferentes formas de animales, en forma de yunta de bueyes o en forma de chancha con pequeños cerditos o terneritos que se paseaban por caminos poco transitados, y decían que a lo lejos se divisaban por las noches fuegos que reverberaban, sin que nadie los prendiera o los apagara.

Un vecino también estuvo a punto de sacar la huaca, pero solo no lo podía hacer, así que invitó a unos amigos para que lo ayudaran. Después de tanto luchar, lograron subirla al filo de la zanja ya cavada y le regaron trago —se decía que los malos aires de las huacas podían dar algo a quienes las descubrían; incluso podían llevarlos a la muerte—.

Este señor se sacó el sombrero y, tirándolo lejos, gritó:

—¡Adiós, pobreza! De ahora en adelante seré rico…

¡Bum! En ese mismo momento, la huaca se fue al fondo de la zanja y jamás volvieron a verla. A él solo le quedó el cuento. Dicen que por la ambición que tuvo el diablo se la llevó y nunca la devolvió.



De las que se mostraban en forma de yunta de bueyes, decían que para que dejaran la plata había que darles con un garrote en la cabeza. Soltaban el dinero como desgranándose, y se tenía que rezar mucho para que el diablo no se llevara a los infiernos el alma de quien la encontraba: la huaca era de él y no la quería dar a cualquiera; a veces había que rezar el padrenuestro al revés.

JUAN DANIEL CHORLANGO
nació en Tabacundo, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es el fútbol.

Los diablos vestidos de bailarines

Un sábado, mi tío fue invitado a las fiestas de San Pedro que siempre hacía un vecino, y decidió ir con la familia. Aquella noche se chumó hasta ya no poder, y su mujer y sus hijos se fueron una hora antes, así que al final se quedó solo.

Cuando quiso ir a la casa eran las doce de la noche. Subía solito por el camino cuando escuchó que le silbaban. No hizo caso, pero



le volvieron a silbar, esta vez más fuerte. Cuando regresó a ver, un grupo de baile lo estaba llamando con señas desde abajo. Lo hacían con tanta insistencia que decidió seguirlos.

Ya había caminado un poco; el grupo estaba abajo y le volvieron a silbar, así que empezó a correr. Volvió a ver y el grupo estaba más abajo. Así siguió, hasta que se dio cuenta de que estaba en la peña solo.

Sin darse cuenta, resbaló. Allí comenzó a entrar en razón: aquel grupo de baile había desaparecido. Se avanzó a sostener de unas hierbas para no caerse a la peña y con mucho esfuerzo alcanzó a salir.

Al otro día despertó a la una de la tarde y le dolía la cabeza. Tenía la cara lastimada como si lo hubieran rasguñado a ambos

lados. Cuando salió a echar aguas escuchó que le silbaban otra vez; eran los bailarines, a unos cincuenta metros, así que empezó a seguirlos. Estaba a punto de entrar al bosque que había cerca de su casa cuando llegó su mujer. Ella le gritó:

—Enrique… Enrique, ¿a dónde vas?

—¡Me están llamando para ir a bailar! —respondió mi tío.

—¡Pero si no hay nadie! ¿A quién tan verás?

Enseguida observó el bosque y vio que, en efecto, no había nadie, así que regresó a su casa.




JERRY ISMAEL PIÑA
nació en Chunchi, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Carlos Cisneros. Su actividad favorita es pasear en bicicleta.

El Cuscungún

En un lejano pueblo llamado Chunchi hay una paz y una tranquilidad únicas: los niños juegan, los pájaros cantan y todos viven felices. Pero no siempre ha sido así: a inicios del siglo XX se ha sabido aparecer un demonio llamado Cuscungún.

Tenía ojos oscuros tan negros y terroríficos como el mismísimo infierno, y era una criatura peluda, robusta, una máquina de asesinar. Todos vivían con temor en ese entonces, ya que encontrarse con él significaba una muerte segura: se decía que el

demonio había acabado con la vida de 583 víctimas, entre niños, adultos, bandidos, pandilleros e inocentes. Sin embargo, en la actualidad no se lo había vuelto a ver, hasta hace poco.

En Chunchi existía un grupo de chicos llamados “Los Dirt”. Eran los cinco jóvenes más molestosos, irresponsables y malhechores: habían matado a un hombre solo porque no había querido hacer lo que dijeron, y otra vez secuestraron, maltrataron, violaron y mataron a tres chicas. Estos crímenes no fueron castigados por falta de pruebas y testigos.

Un día decidieron hacer una fiesta a la que estaba invitado todo mundo. Doscientas personas asistieron, la mayoría por amenaza. Había empezado a las siete de la noche y a eso de las doce todos, ya borrachos y drogados, decidieron marcharse. Solo quedaron Los Dirt.

Uno de ellos, Juan, decidió dar una vuelta por su barrio, cuando en eso escuchó pasos muy fuertes. Siguió caminando más rápido, mientras gritaba:

—¡Sal de ahí! ¡Muéstrate, cobarde! Da la cara si eres hombre.

Juan siguió caminando y escuchó de nuevo lo mismo. Al dar la vuelta, vio al famoso demonio que escuchaba en las leyendas: el Cuscungún, tan horrible como lo retrataban. En ese momento, el monstruo lo tomó de la cabeza. Juan comenzó a gritar:

—¡Auxilio, auxilio! ¡El Cuscungún ha regresado! ¡Auxilio!

Nadie lo escuchó. Entonces, el demonio comenzó poco a poco a desgarrar todo el cuerpo y a torturarlo hasta su deceso.

A la mañana siguiente, los amigos de Juan lo buscaban por todo el barrio. Cuando lo encontraron desmembrado en un pozo de sangre, vieron que, con esta y con plumas, la fiera había dejado un mensaje: “¡Iré por todos ustedes!”.



Los amigos ignoraron eso. Pensaban que había sido algún ciudadano de Chunchi buscando justicia, así que siguieron con sus vidas. Un día estaban todos en la piscina de la casa de Mario y se dieron cuenta de que algo se movía en el agua. Sin embargo, como estaban demasiado drogados, no hicieron caso a lo que consideraron pequeñeces.

De repente, el agua comenzó a teñirse de sangre. Federico se dio cuenta y gritó a todos que salieran de la piscina, que había algo ahí dentro. Todos comenzaron a correr, menos Mario. Solo se apercibió cuando estuvo envuelto dentro de un círculo de sangre. Entonces comenzó a gritar desesperadamente, pero nadie lo ayudó, les daba igual por los efectos de la droga. En ese momento, el Cuscungún comenzó a arrastrarlo por toda la piscina, y fue así como terminó con la vida de Mario.

Al día siguiente fueron a la Policía, pero no los ayudaron.

—En esto están solos —les dijeron.

Los tres chicos que quedaban se pusieron serios. Al haber visto ellos mismos al demonio sediento de sangre, se pusieron a investigar sobre él y descubrieron que solo mataba a las personas que tenían oscuro el corazón. La información que habían encontrado decía que no había escapatoria. Al leer esto se quedaron fríos.

A Rodolfo, a quien nunca le había importado nada, fue a quien el demonio más hizo sufrir. Vio morir frente a sus ojos a su propia madre, prostituta en un cabaret; a su hermano recién nacido, acostado en su cuna con un llanto de los mil demonios; y a su padre, en los brazos de otra mujer. Rodolfo vio cómo a sus tres seres más queridos el demonio los maltrató, humilló y torturó con las peores herramientas, lo que los llevó a la muerte. Después, terminó con la vida de Rodolfo.

Lucas y Federico, al enterarse de esta fatal noticia, decidieron irse del cantón. Lucas tomó rápidamente toda la plata de sus padres y quiso irse a otro país, pero el avión en el que viajaba sufrió mucha turbulencia. Cada vez iba aumentando el zun, zun, zun, zun de los motores: en ellos estaba el Cuscungún haciendo de las suyas.

—Hasta aquí llegaste —le dijo.

El avión cayó en picada. Tuvieron un fatal destino cincuenta y seis personas, entre ellas Lucas.

Federico, por el contrario, decidió esconderse en un buque con la idea de que nunca iba a encontrarlo allí, pero estaba muy equivocado. Mientras Federico dormía, el Cuscungún lo mató.




ALEX VALLEJO
nació en Quevedo, Los Ríos, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ciudad de Balzar. Sus actividades favoritas son dibujar y practicar deportes como básquet y natación.

El encargo

Hace mucho tiempo, había una señora llamada Rocío que pasaba todo el día conversando con las vecinas y se ponía a limpiar la casa cuando llegaba la noche, pese a las advertencias de que a esas horas no se debía trabajar, porque podía aparecer alguna visión.

Una noche en la que estaba lavando una ropa, escuchó el galope de un caballo que se acercaba más y más. De repente oyó que alguien la llamaba:



—¡Vecina!

—¡Ey! Dígame, vecino.

—Le quiero pedir un favor. Téngame un encargo que mañana lo paso a recoger.

—Ya. Déjelo ahí en la puerta.

Al día siguiente fue a ver lo que había en la funda y cuando la abrió se llevó una gran sorpresa: el encargo era una bolsa llena de huesos. Rápidamente fue a contar lo sucedido a la señora Magdalena, pues era en quien más confiaba.

Su amiga le dijo que era el demonio que se la quería llevar. También le aconsejó que tomara a un recién nacido y lo hiciera llorar, ya que eso lo espantaría.

Siguió el consejo y planeó todo hasta la llegada del vil espectro. Faltaban diez minutos para la una de la madrugada cuando escuchó el galope y luego tocaron la puerta.

—¡Vecina, vengo por el encargo que le dejé!

—Ya, un momento, vecino. Ya le abro.

Rápidamente, la señora Rocío tomó la funda y la lanzó hacia afuera, no sin antes pellizcar al recién nacido, que en ese instante empezó a llorar muy fuerte. El demonio, furioso, le dijo:

—Te salvas por la criatura, pero ya sabes, ¡la próxima te llevo!

Y de la nada desapareció. Desde ese día la señora Rocío nunca más volvió a quedarse hasta tarde haciendo los quehaceres del hogar. Lo último que se supo de ella fue que se marchó a vivir al campo.




IVANNA DANIELA GONZÁLEZ
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Juan Bautista Vásquez.

Visión macabra

Los ancianos de mi familia me han dicho que mi tataratatarabuela por parte paterna, cuyo nombre era Dolores, vivía al lado de donde hoy se asienta Industrias Guapán. Tenía una humilde vivienda de bahareque sin luz eléctrica, ya que no existía ese servicio en el sector, y una considerable parcela de terreno en donde se dedicaba a la agricultura junto con sus hijos, que en total eran ocho. Mamita Dolores, como la llamaban sus descendientes, enviudó, así que tenía que sacar adelante a sus vástagos.

Dos de ellos, a quienes llamaré Carlos A. y Froilán A., por ser solteros, aún vivían con su madre. A ellos solo los separaba un año y medio de edad, por lo que se llevaban muy bien. Como guambras ociosos que eran, a ninguno le gustaba ayudar en casa. Si los mandaban a piquear[1], avanzaban unos veinte metros cuadrados hasta la hora del almuerzo; y si les ordenaban mudar a los mochos después del mediodía, regresaban para la merienda. Mamita Dolores ya no sabía qué hacer con ellos, mientras que sus vecinos, que eran considerados personas honorables —porque tenían más tierritas y rezaban bastante—, murmuraban:

—Ojalá se los cargue el diablo.

Mientras estos hechos ocurrían en el campo, paralelamente estaba en construcción la iglesia de San Francisco. Mamita Dolores, al ver que a sus hijos no les gustaba hacer nada en casa, que no tenían ninguna inclinación por la agricultura ni la ganadería —pero sobre todo a ver si cambiaban y, quién sabe, si alguno se hacía cura franciscano—, les decía:

—Vayan al pueblo y ayuden a hacer la iglesia para que Taita Diosito los ayude.

En vano fueron sus deseos. Ellos bajaban al pueblo, sí, pero no precisamente para ayudar en el templo. Más bien pasaban el día como un par de holgazanes y, como el ocio es la madre de todos los vicios, pronto aprendieron a beber. Los sábados, cuando mamita Dolores bajaba a la plaza, una vez más sus vecinos le comentaban con mala intención:

—Ayer pasaron sus hijos por aquí, en la última chuma.

Dicen que el hombre y el diablo pueden llegar a ser los mejores amigos, pero en esta ocasión no fue así: el diablo les jugó una mala pasada para asustarlos, con el afán de que enderezaran sus vidas,

1 Hacer surcos en la tierra.



contó su madre. Esa noche rugió con furia la tormenta. El viento soplaba entre el ramaje, los relámpagos iluminaban el rincón más oscuro del bosque y los hermanos subían abrazados zigzagueando por el camino que hoy es la avenida Trajano Carrasco.

A eso de las diez de la noche se les aparecieron dos mujeres gigantes más oscuras que la misma noche. Lleno de pavor, uno de los jóvenes tuvo las agallas suficientes para alzar la vista: luego juró más de una vez que tenían algodones en las fosas nasales, en los ojos y en las orejas. Los hermanos sintieron cómo unas manos huesudas les apretaban los brazos. Querían correr, pero el susto no se los permitió. En ese momento prometieron a la Virgencita, a las almitas del purgatorio y a todo santo que se les vino a la memoria

dejar ese tipo de vida, confesar y comulgar, y así lograron escapar de las garras del demonio encarnado en mujeres.

Cuando llegaron a casa, su madre pudo ver a la luz tenue de una vela que sus hijos traían los ojos desorbitados, estaban agitados y completamente sobrios, pues el terror de lo vivido había hecho que, como por arte de magia, pasaran de la borrachera a la sobriedad, saltándose el chuchaqui. Recién pudieron hablar a los dos días, ya que la visión los dejó mudos.

Se sabe que cumplieron la promesa. Ese mismo año empacaron lo poco que tenían y se fueron a buscar oportunidades en la Costa. Allá hicieron sus vidas y hasta hoy sus descendientes viven y trabajan allá. También se sabe que no todos los deseos de mamita Dolores se cumplieron, pues hasta la fecha ninguno de sus familiares se ha hecho curita franciscano.




MAIRA ANABELL RIVADENEIRA
nació en El Chical, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es leer.

La vieja colmillona

Se dice que la vieja del monte desde hace mucho tiempo se aparece en donde trabajan los empleados: fragantes fincas, haciendas sembradas de café, caña o plátano.

Cuentan unos de esos empleados que, al oscurecer, después de que ellos terminaran de cenar, escucharon a los perros ladrar, como cuando sienten que alguien se aproxima a su casa. De pronto se les apareció en la cocina una anciana triste, misteriosa, de cabello plateado que les daba hasta la cintura, ojos azules y

dos grandes colmillos. Se quedaron anonadados, casi sin habla, al ver la expresión de aquella mujer, y se quedaron quietos, tan solo observando lo que ella hacía, sin interrumpirla. Nadie preguntó quién era, tan solo se alimentó y se fue; a lo lejos vieron que se perdía por las plataneras.

Asimismo, doña Maruja cuenta que esta misteriosa mujer la visitó en su cocina. Recogió leña, la prendió y sopló el fuego. Luego colocó la parrilla encima de tres piedras, sacó de su mochila plátanos maduros y se puso a asarlos. Después extrajo de su mochila una chocolatera y un molinillo, se preparó un chocolate, se lo comió y se marchó sin despedirse, con la cabeza baja y un costal terciado.



La vieja colmillona visita las cocinas todas las noches, por eso algunos siempre le dejan unos plátanos asados y chocolate caliente. Se dice que si alguna persona no es hospitalaria, la hechiza, y para librarse de esa maldición tiene que esperar toda la noche, hasta que la vieja llegue a su cocina y se lo quite luego de acabar de alimentarse.

MARIANA ELIZABETH COLOMA
nació en Machachi, Pichincha, en 1982. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Nayeli Coloma estudia en la Unidad Educativa José Mejía Lequerica.

La iglesia perdida

Años atrás, en las montañas de los Ilinizas, existía una iglesia santa que todos los creyentes iban a visitar, puesto que tenía el don de conceder deseos a quienes rezaban y oían misa allí.

Cada año, la iglesia celebraba una fiesta. En una de ellas había una mujer embarazada muy devota, pero que bebió de más, y este hecho la llevó a lamentarse. Al día siguiente, con el corazón afligido y con un tremendo dolor, desconsolada por su imprudencia, la madre perdió a su hijo. Un llanto inconsolable recorría sus ojos



mientras pensaba qué hacer, hasta que recordó que era muy querida por todos en la iglesia. Decidió que iba a pedir de deseo que le devolvieran a la vida a su hijo muerto en el vientre, así ella sería nuevamente feliz.

Sin perder tiempo, se dirigió hacia la iglesia. Llegó con una sonrisa en su cara, pero la situación cambió cuando vio que los creyentes no le permitían entrar, pues se habían enterado de la causa de la pérdida de su hijo: el exceso de alcohol.

La mujer no aceptó la decisión que habían tomado y deseó entrar a la fuerza. Sin embargo, los creyentes le bloquearon el único paso posible. Desesperada y consumida por una ira incontrolable, empezó a desafiar a quien le impidiera el paso. Al fin, de tanto luchar contra ellos, logró entrar.

Pero nadie se imaginó lo que sucedería a continuación: en venganza por haber sido tachada como una mala mujer, decidió pedir que la iglesia desapareciera de las montañas. La construcción empezó a desmoronarse de manera inmediata y a ocultarse dentro de los Ilinizas. Se dice que hasta el día de hoy se pueden escuchar las campanadas de aquella iglesia que provienen de las montañas.

PIEDAD SILVANA ARÉVALO
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1977. Trabaja en la Unidad Educativa Carlos Cisneros. Su actividad favorita es enseñar Literatura.

La niña cisnerina

Dicen las malas lenguas que en toda casa vieja hay un espíritu que deambula. Así comentaban los porteritos del colegio Carlos Cisneros: en las frías noches de guardia, cuando salían a recorrer y cuidar las instalaciones, de pronto eran sorprendidos por una pequeña silueta a la cual dieron el nombre de "niña cisnerina". Estos rumores pronto se regaron entre los maestros y los estudiantes, y a manera de broma siempre la nombraban.

Una noche, los maestros comentaban sobre estas apariciones tan fortuitas, de las que todos hablaban y a las que ninguno de

los presentes había logrado ver. En otros tiempos funcionaba la sección nocturna y se salía de clases a eso de las 22h30. El ambiente era propicio para dar rienda suelta a esta y otras creencias de la gente. Las luces tenues y opacas despertaban involuntariamente el miedo a lo espectral, caminar por los largos pasillos del colegio se volvía aterrador.

Jacquita, una joven maestra de Inglés, tenía siempre las últimas horas en el piso de arriba al fondo, como ella decía. Minutos antes había comentado con los demás compañeros sobre el espectro de la niña cisnerina y lo aterrador que resultaba trabajar en aulas donde la mayoría de focos se había quemado. A duras penas había dos o tres luminarias; había que conformarse con eso.

Para todos fue una simple conversación que al rato dejaría la memoria de corto plazo, pero Jacquita no lo pudo olvidar: estaba tan traumada con todas las historias que en repetidas ocasiones se sorprendía, distraída, pensando en la niña cisnerina.

Las dos horas pasaron casi volando, y de pronto se escuchó la estruendosa sirena que anunciaba el fin de la jornada. Los chicos, que con ansias la esperaban, al más mínimo sonido salieron corriendo con sus mochilas en mano y gritando:

—¡Muevan, que les coge la niña cisnerina!

Jacquita tenía que recoger los libros de la mesa, su registro de calificaciones y los esferos que habían rodado por el suelo; siempre terminaba siendo la última en salir. Con la mente en una sola idea se predisponía a bajar, mas nunca se imaginó lo que habría de suceder esa noche.

Transitaba el pasillo del colegio mirando de reojo los cursos totalmente vacíos. Las luces apagadas contribuían más al miedo que sentía. Caminaba de manera entrecortada, con pasos pequeñitos y presurosos, con la mirada fija en el suelo, con la

imagen casi perfecta del espectro de la niña. Cuando ya había avanzado hasta la mitad del corredor, tuvo esa sensación de que alguien la miraba. Aterrada, apresuró sus cortos pasos y de pronto, en la oscuridad de la noche, con ese frío que recorre las casonas viejas, escuchó:

—¡No te vayas! ¡Llévame contigo!

Era una voz de ultratumba.

Su cuerpo rápidamente se congeló. Era esa sensación de que algo maligno le hablaba, la perseguía y, peor aún, acabaría con ella. ¡Tantas ideas se le cruzaron por la mente! Aterrada y casi sin aliento, levantó los ojos para calcular de un vistazo cuánto le faltaba para bajar las gradas.

En eso, vio en medio de la oscuridad una silueta, un bulto: era la niña cisnerina, que se cruzaba ante sus ojos impávidos e incrédulos. La miró con tal asombro que no pestañeó ni un instante: ¡era verdad, ella la había visto! Sin más ni más, Jacquita dio un grito desgarrador que se escuchó por todo el colegio, y el golpe seco lo siguió.

Todos abajo esperábamos que llegara para irnos a nuestras casas, pero ese grito nos hizo correr a ver qué pasaba. Sabíamos en dónde estaba, pues ella siempre lo comentaba, así que corrimos presurosos hacia las gradas pensando lo peor. Cuando llegamos, vimos a la compañera tirada en el suelo casi convulsionando, retorciéndose entre la noche y el miedo. Los compañeros la amarcaron y la ayudaron a bajar. Ya en la inspección, pálida y casi echando espuma por la boca, le dimos un vaso de agua y le pedimos que se tranquilizara y nos dijera qué había sucedido.

Ya más tranquila, tomando fuerza y coraje, atinó a balbucear:

—¡Yo la vi! ¡Es real! La niña cisnerina me vio, me habló y se echó a llorar. —El susto que se había llevado era fatal.



Los minutos pasaron y los compañeros, cómplices de aquel evento espeluznante, comentaban en voz baja:

—Hay que decirle la verdad.

Los miré sin pestañear. Algo había pasado y ellos eran los principales sospechosos de lo sucedido.

Atiné entonces a pedirles una explicación. Uno de ellos se soltó en una gran carcajada que nos molestó a todos; luego, tomando aire, procedió a contar la maldad que habían hecho él y otro compañero: sabiendo que Jacquita era muy miedosa, se atrevieron a cruzar un pedazo de papel que jalaron con un hilo; al verla caminar sola por el pasillo, temerosa y crédula de las palabras más que de las acciones, procedieron a perpetrar su maldad. Al

instante en que estaba por la mitad del pasillo, susurraron con voz de ultratumba:

—¡No te vayas! ¡Llévame contigo!

El resto de la historia ya lo saben.

Jacquita se repuso del susto pero jamás olvidó la horrible impresión que se había llevado aquella noche. El lunes la esperábamos para trabajar como todos los días, mas no llegó. Luego supimos que había puesto la renuncia. La impresión y el susto fueron tales que pesaron en su decisión de no regresar a trabajar en el colegio.

Todavía comentamos sobre lo sucedido y en son de broma decimos a los estudiantes:

—Si no cumplen con sus tareas, la niña cisnerina los visitará.




MERLYN DAYANA MENDOZA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Carlos.

La laguna azul

Hace mucho tiempo existía una laguna azul en una montaña apenas alejada de un pueblo. La laguna estaba encantada: cuando se ocultaba el sol, salía de ella una mujer muy hermosa a bañarse con un mate de oro y un peine de plata.

Cierto día, un campesino se quedó solo en su casa cuando a lo lejos escuchó a alguien. Su curiosidad era tan grande que, tras seguir el sonido, vio a una hermosa mujer sentada en una piedra, que peinaba su cabello con un peine de plata; luego, se echaba agua con un mate de oro.



La hermosa mujer se percató de que la estaban observando. Miró fijamente al campesino y le dijo que se acercara a ella.

—Dígame, dama —exclamó él, asustado.

—Si te pusiera a elegir entre el peine de plata, el mate de oro y yo, ¿a cuál elegirías?

—Pues yo elegiría el mate de oro —respondió.

La hermosa mujer, llena de coraje y odio, dijo:

—Maldigo mil veces este mate —lo lanzó al suelo y enseguida se sumergió en la laguna.

El campesino, aterrado por lo que había sucedido, salió corriendo a su casa. Desde ese momento, la laguna se comenzó a secar hasta que desapareció poco a poco. Jamás se volvió a ver a la hermosa mujer.

DENNIS CRISTIAN PAPUE
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Vicente Wamputsar.

Los dos hermanos

Había una vez dos hermanos que fueron de cacería a una selva muy lejana. Cuando llegaron al lugar hicieron un rancho para quedarse allí y empezaron a cazar. Trajeron a los animales y los ahumaron.

Al siguiente día, cuando regresaban de otra jornada de caza, vieron que la carne no estaba donde la habían dejado.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntaron.

El hermano mayor propuso que uno fuera a descubrir qué animal se llevaba la carne y que otro se quedara en el rancho. Pues

resulta que al lado había un árbol grande y de allí bajaba una boa carnívora. Cuando se dieron cuenta, hicieron planes para matarla.

Como la boa estaba en la punta del árbol, le prendieron fuego, y finalmente cayó con el animal muerto. El hermano mayor le dijo al menor que no comiera ni un pedazo, pero este lo hizo. Después de un rato, le empezó a dar una sed insoportable.

—¿Comiste la carne que te había prohibido? —preguntó el hermano mayor.

—¡Sí! ¡Dame agua, por favor! —contestó el menor, pero tomó tanta que gritó—: ¡Corre, que el estómago se me va a reventar!

El hermano mayor salió corriendo, despavorido. Después de unos minutos volvió y solamente encontró un esqueleto.






ADRIÁN SANTIAGO PATIÑO
vive en Santa Martha de Cuba, Carchi. Está vinculado con la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila.

El bulto blanco

En el año de 1984, por nuestros barrios y calles de la parroquia Santa Martha de Cuba deambulaba una señorita vestida de blanco, muy hermosa. Aparecía entre las once y las doce y media de la noche. Nadie sabía quién era ni por qué aparecía; muchas personas la habían visto, pero nadie la podía reconocer, solo la miraban pasar.

Los borrachitos que se la encontraban querían saber quién era esta hermosa dama y darle alcance cuando pasaba, pero se

iba muy rápido y, como si volara, desaparecía por las esquinas o terrenos baldíos. Su gran sonrisa dejaba perplejo a cualquiera; sin embargo, al momento que la tenían bien cerquita, la miraban bien y, ¡oh sorpresa!, era espantosa: la bella dama había desaparecido y, en cambio, era una calavera con unos colmillos enormes y babeantes. Su risa era espantosa, no tenía pies, flotaba en el aire… No se sabía qué era, solo que se lanzaba encima de los chumados como si fuera a devorarlos, cual bestia salvaje. Estos se despertaban a la realidad y se encontraban solos en una enorme tiniebla, hundidos en las ciénagas de las quebradas adyacentes.

—¡Uy, qué miedo! —decían, y jamás volvían a las cantinas.

La novedad fue escandalosa en mi parroquia. Todos los días se escuchaba que el bulto blanco que flotaba se les aparecía a otros borrachitos y que eso ocurría a la mala hora. Los pobladores tenían miedo de ello, porque carecíamos en esos tiempos de luz eléctrica.

Casi todas las noches jugábamos con mis amigos, unos cuarenta niños, en la esquina de mi barrio, y nos divertíamos a pesar de los sucesos. Una vez, con mis hermanos decidimos hacer una broma a estos borrachitos, para que ya no pasaran más por donde jugábamos. Decidimos poner en una vara larga un costal blanco de afrechillo, y cuando comenzaban a pasar alzábamos la vara por encima de un ciprés que hay en el terreno de mi papá, y con voz terrorífica llamábamos la atención de los borrachitos:

—¡Eeeeeyyyyy, espérenmeeeeeee!

Al ver el costal flotante y escuchar la voz espantosa corrían despavoridos y hasta tropezándose, pidiendo a Dios que los salvara.

Muertos de la risa, con mis hermanos se nos hizo costumbre: jugábamos esta broma todos los viernes y sábados; claro, sin



pensar que por burlarnos de ese acontecimiento nos iba a pasar algo.

Un viernes, nos reunimos nuevamente con nuestros amigos, y el juego era tan divertido que sin darnos cuenta se hicieron las once de la noche. Mientras esperábamos para hacer la broma de siempre, vimos al bulto blanco pasar enfrente de nosotros. Todos pensamos que era mi hermano, así que, gritando duro para llamarle la atención, corrimos tras el bulto. Sin embargo, ¡oh, sorpresa!, mi hermano salió corriendo detrás de nosotros, gritando:

—Eeeyyy, ¿a dónde van?

Todavía sin creer lo que observábamos, seguimos el bulto para ver a dónde llegaba y quién era el de la broma. Mi prima Angélica de repente se dio cuenta de que no era truco, que el bulto en

verdad volaba, pero no había viento ni brisa alguna. De repente, del bulto flotante empezaron a salir cabellos. Allí fue cuando, con voz aterrorizante, Angélica gritó:

—¡Corran, corran, que es la vieja!

Cuando miramos alrededor, estábamos en medio de un potrero ya fuera del pueblo. ¡Nos había hipnotizado! Del susto, corrimos sin mirar atrás hasta llegar a casa, pidiendo perdón a nuestros padres por salir a jugar tan de noche y hacer bromas pesadas. Tuvimos mucha suerte, pues la vieja estuvo a punto de llevarnos a todos y comernos el corazón.




VERÓNICA PROAÑO
trabaja en la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Las calaveras misteriosas

Hace mucho tiempo vivía en Selva Alegre, a unos kilómetros de Sangolquí, una bella niña llamada Andreína. Era una niña juguetona, amistosa, llena de energía y muy curiosa. A veces, no tomaba en cuenta los consejos de sus padres, esquivaba con gran habilidad y desinterés sus cuidados.

Juan y Marlene, los padres de Andreína, trabajaban en una de las muchas haciendas que existían en los alrededores de Sangolquí. Gran parte del tiempo se dedicaban a las labores del campo. Además de Andreína, tenían otra hija: Sofía, la menor.

Selva Alegre era un poblado sin luz eléctrica. El camino que cruzaba hasta la casa donde vivía Andreína estaba empedrado y su contorno se desvanecía con altos árboles de eucalipto. Cuando llovía, sus semillas caían, se confundían con el olor a hierba, y sus ramas provocaban una sombra que no dejaba ver cuando el sol se ocultaba a lo lejos.

Un día, Juan y Marlene fueron invitados a una fiesta en Sangolquí y, como era en la tarde, no podían llevar a sus hijas. Su tía Carmen, con quien siempre las dejaban, también estaba invitada, así que los padres de Andreína se encontraban en un dilema.



—Mami, me voy a jugar con mi hermana al bosque —dijo la niña.

—Está bien, mi pequeña. Recuerda cuidarte mucho. No te alejes demasiado y vigila a tu hermana.

—Ay, mamá, tú siempre tan preocupada. Yo sé cuidarme sola —contestó Andreína—. Vayan tranquilos. Jugaremos y luego dormiremos. Voy a portarme bien, no nos pasará nada.

—Prométeme que no abrirás la puerta a nadie —comentó la tía Carmita.

—Te lo prometo, tía, te juro que seré obediente. Comeremos con leche el pastel que nos trajiste y nos meteremos en la cama.

—Es tu preferido, de chocolate, pero no comas mucho porque te darán pesadillas.

—Pronto volveremos, hijas —dijo la madre—. Aseguren la puerta y, si hay una emergencia, vayan a la hacienda donde doña Zoila, con el perro.

Sus padres y la tía se dirigieron a la fiesta en sus caballos. Andreína aseguró en ese instante la puerta y se puso a jugar con su perro.

—Ñaña, dame otro pedazo de pastel —pidió Sofía.

—No, ñaña —contestó Andreína—, nos puede hacer daño. Mejor acostémonos y esperemos a que regresen nuestros padres.

A punto de conciliar el sueño, la niña sintió que su perro se acercaba a la puerta y empezaba a rascarla, para salir. A pesar de haberles prometido a sus padres que no lo haría, pudo más su curiosidad y se acercó lentamente. "Algo suena allá afuera. Está muy oscuro. ¿Quién puede ser a esta hora? Mejor me voy a dormir, pero ¡qué curiosidad que tengo! Voy a echar un vistazo, pero no abriré la puerta", pensó.

Al acercarse a la ventana vio a tres viejecitas paradas a pocos metros de su casa, vestidas todo de negro, como salidas de un velorio, y con chalinas que les cubrían el rostro.

—Buenas noches, linda niña, ¿están tus padres? —preguntó una de las ancianas.

—No están aquí, salieron a una fiesta —contestó Andreína.

—Venimos a entregarles este encargo —dijo otra.

—Pero ¿qué tienen ahí? ¿Es un regalo, es comida? ¿Qué es?

—Es un regalo para tus padres, pero solo ellos lo pueden abrir —dijo la tercera.

—Me lo pueden entregar a mí. Yo se lo entrego a mis padres.

—¿Podemos confiar en ti? Tú no lo debes abrir —dijeron, y soltaron una gran carcajada.

—Les juro que no lo abriré, pero entréguenmelo.

Tras dejar el paquete, las viejecitas se perdieron en la oscuridad de la noche, murmurando y riéndose. "¿Qué habrá dentro de esta linda cajita? ¿Es un regalo para mis padres? ¿Qué será? Si lo miro un poquito, nadie se va a enterar. Además, ¿qué me podría pasar? Lo haré antes de que mi ñaña se despierte", se dijo.

Al abrir el paquete, se encontró con algo que parecían unos palos blancos. "Acercaré la vela para ver, parece comida", pensó. Al iluminar, soltó de golpe la caja y rodaron por la casa los huesos de un esqueleto humano. En ese mismo instante, el perro empezó a ladrar descontroladamente. Se escuchaba fuera de la casa un lamento tenebroso, escalofriante. Los llantos se acercaban, así como un ruido de cadenas que se arrastraban. Al ver por la ventana, se dio cuenta de la presencia de muchos cuerpos que mostraban sus huesos y cargaban una caja de la que salían los lamentos. Las viejecitas se habían convertido en temibles brujas.

En ese punto, Andreína cayó desmayada. Sus padres se acercaban y las calaveras, al sentir su presencia, se alejaron rápidamente. Encontraron a la niña en el piso y con los huesos en las manos.

—¡Hija mía! ¿Qué te sucedió? —preguntó la madre.

—Mi pequeña, ¿qué pasó contigo? —agregó el padre.

La tía Carmita, al ver la escena, enseguida supo que su adorada sobrina había sido visitada por calaveras misteriosas que venían a buscar el resto de sus huesos, que habían sido robados por las viejecitas. Ellas los entregaban a niños y niñas que no seguían las recomendaciones de sus padres, con el fin de asustarlos. La tía dijo:

—Mi querida sobrina, te advertimos que no abrieras la puerta a nadie. Has sido visitada por las temibles calaveras misteriosas. No obedeciste a nuestras órdenes y por tu falta de respeto te han asustado.

La tía Carmita, gracias a su experiencia, supo qué hacer. Dejó en la iglesia del barrio los huesos que habían sido entregados a la niña y se dio una misa por las almas que penaban en la noche.

Desde ese entonces se cuenta que Andreína entendió que las enseñanzas que le daban los adultos eran para protegerla. Con el tiempo olvidó esta temida leyenda, pero sus padres la han transmitido de generación en generación para enseñar a los niños a ser obedientes con los adultos.




SELENA NATALY MEJÍA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada.

La maldición del sacerdote

Cuenta la historia que hace muchos, muchísimos años, había un recinto llamado Chachiscaguaico en el que habitaban personas malas y llenas de odio.

Nadie en aquel recinto vivía como Dios manda. Niños y niñas eran malcriados con sus padres, no respetaban a las personas mayores y se burlaban de Dios. Las personas mayores eran sabias, pero tenían un corazón ambicioso.

Un día, aquel recinto decidió organizar una fiesta llena de alcohol. Todos tomaban y bailaban sin parar. Las personas que visitaron el recinto observaron que no se daba un buen uso a la iglesia, y que dentro de ella había animales. Estaba llena de basura y tenía un olor muy desagradable.

A la mañana siguiente, muchos se encontraban en el suelo durmiendo. Algunos aún seguían tomando. Los niños robaban a los borrachos y se burlaban de ellos, hasta que a aquel lugar llegó un anciano que se presentó diciendo:

—Yo soy el sacerdote que tanto necesitan y estaré con ustedes para servirlos.

Pero al ver cómo los niños y personas mayores no respetaban que hubiera llegado, se enfadó y les pidió que lo llevasen a la iglesia. Mientras caminaba hacia allá, se iba dando cuenta de que las personas eran algo malas, que en su vida no estaba Dios sino el demonio. Al llegar a la iglesia se sorprendió mucho, porque nunca había visto que la casa de Dios se encontrara en tan mal estado y llena de animales y basura.

El sacerdote se enojó y maldijo al recinto diciendo:

—Por no respetar la casa de Dios, vivir con odio hacia Él, sin seguir su camino y no enseñar su palabra a sus hijos, yo maldigo a todo este recinto. La tierra se abrirá y se los tragará. Solo quedarán vivas las personas que se arrepientan de haber vivido todo este tiempo como Dios no quiere que vivamos.

Las personas, al escuchar esto, se reían y decían que estaba loco. El sacerdote se marchó de aquel recinto. Al pasar los días, la gente seguía en el mismo camino: no cambiaba, y muy pocos se arrepintieron. A muchos de los que se arrepintieron, Dios les reveló en sueños que al día siguiente todos iban a morir, y que si



querían vivir tenían que limpiar la iglesia, ir al bosque a las doce del día en punto y volver después de dos horas.

Al día siguiente, hicieron lo que Dios les dijo. Al volver, todo había desaparecido: la tierra se había comido sus cosas, no quedó huella de nada. Desde aquel día no se volvieron a construir más cosas en ese recinto.




LUZ CARVAJAL
vive en Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Veinticuatro de Julio.

El barranco encantado de Cucurucho

El campamento minero Tigre, situado entre las parroquias Ancón y Atahualpa, era un lugar próspero en el que vivían y trabajaban familias de todas partes de la provincia de Santa Elena. En esos tiempos, los ingleses explotaban los pozos petroleros peninsulares.

Allí vivía un joven trabajador llamado Arturo, con fama de parrandero y peleón. A pesar de estar casado con una jovencita hermosa, cada fin de semana escogía su mejor terno para salir a divertirse con sus amigos en otros lugares de la península.

Un sábado, como era su costumbre, salió de farra, y después de disfrutar con sus amigos decidió marcharse. Eran las tres de la madrugada cuando emprendió el regreso, y como en esa época no había transporte para trasladarse a su casa, volvió a pie.

Como su esposa estaba en casa de sus padres, en un sitio llamado Cucurucho, a unos diez minutos de Tigre, decidió ir a



verla. Caminaba y caminaba por esa vía polvorienta y desolada, y cuando vio que estaba cerca empezó a dar chiflidos para avisar a su mujer. Solo tenía que cruzar por un barranco, que se le hizo interminable.

De un momento a otro se le presentaron unos "amigos", y lo invitaron a que fuera con ellos a seguir bebiendo. Ante la insistencia, se dio cuenta de que no eran sus amigos, sino el maligno. Entonces, forcejeó y gritó para dar aviso a sus familiares de lo que le estaba pasando.

La joven ya sabía que por ese lugar ocurrían cosas extrañas, así que, al ver que su esposo no llegaba, avisó a sus padres y hermanos, quienes decidieron ir a verlo: cogieron la Biblia, machetes y la linterna de kérex, y salieron.

Mientras bajaban los escalones, escuchaban gritos, pero parecían lejanos. Hicieron sonar los machetes y rezaron con la Biblia en la mano. En ese momento cantó el gallo y al instante escucharon el galope de un caballo que se alejaba del lugar, pero no lo divisaron debido a la oscuridad.

Avanzaron mientras la piel se les erizaba. Rezaban más fuerte para que el maligno se alejara del lugar. Al llegar al barranco, alumbraron con la linterna y encontraron al esposo enterrado y casi desmayado. Cuando intentaron sacarlo, se rehusó, pues decía que sus amigos estaban ahí y no lo dejaban salir.

En ese momento volvió a cantar el gallo y lo pudieron sacar. Entre todos lo llevaron a la casa y le dieron de beber agua bendita. Al momento se quedó dormido, pero los familiares se quedaron despiertos cuidándolo y rezando para evitar que aquel ser satánico pudiera regresar.

Al amanecer se despertó diciendo que le dolía todo el cuerpo y relató lo que le había ocurrido: que el diablo se lo había querido llevar, pero que peleó para no permitir que eso sucediera. Lloró desconsoladamente y pidió perdón a su esposa y demás familiares; prometió que jamás volvería a esa vida de bohemio, y que se dedicaría más a su familia.

SILVIO RODRIGO ÁLVAREZ
nació en Ludo-Sigsig, Azuay, en 1972. Actualmente es empleado público. Su hijo Robinson Lenin Álvarez estudia en la Unidad Educativa Fiscomisional Río Cenepa.

Runa Hurco (cuento popular)

Hace muchísimos años, donde actualmente se encuentra la parroquia Bermejos, habitaba el cacique Hurco. Se caracterizaba por ser ambicioso y soñador, y tenía gran influencia sobre los demás miembros de su comunidad. Poseía muchas riquezas y el oro era para él lo más importante, así que estaba dispuesto a arriesgar su propia vida con tal de obtener el metal precioso.

En aquel entonces se comentaba de la existencia de una mina

aurífera en una cordillera a aproximadamente 25 kilómetros de lo que hoy es el pueblo de Bermejos, pero se decía que posiblemente se trataba de un encanto. En las noches, los vecinos decían que en esa dirección observaban un destello dorado.

Cuando Hurco se enteró, se llenó de ilusión. Estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo para llegar a ese sitio lo más pronto posible. Aquella noche no durmió, lo único que hizo fue planear el viaje y esperar el amanecer.

Por fin comenzaron a cantar los gallos. Sin esperar más, Hurco se puso en pie: preparó el fiambre, amarró a su perro —llamado Pirulo— con una pequeña piola de balsa y emprendió el viaje. Por cierto, le esperaba poco menos que una pesadilla, pero él, ni corto ni perezoso, caminaba con mucha destreza.

Al introducirse en la selva profunda sintió temor de no poder volver o de ser devorado por alguna fiera, pero al mismo tiempo lo espoleaba su ambición. Enfrente de él apreciaba la exuberante vegetación que cubría la tierra, como la espuma al río, y las grandes montañas que lo esperaban.

Ya comenzaba a escalar la fantástica cordillera. Sudaba, el corazón le palpitaba como el de un perro fatigado, cuando de pronto se sorprendió al encontrarse frente a una peña que no le dejaba salida. Hurco buscaba apresurado un sendero por donde continuar, pero era imposible.

Amarró a Pirulo por la cintura e hizo un intento por trepar. Comenzó a subir haciendo esfuerzos sobrehumanos. Sus dedos se aferraban a la piedra como garfios de acero, pero apenas comenzaba a subir y sus fuerzas ya estaban agotadas. Pronto cayó pesadamente junto con Pirulo, que parecía tener los mismos sentimientos que su amo.

Como sintió hambre, Hurco sacó el fiambre y lo dividió en dos partes iguales, para él y su perro. Comieron apresuradamente, pensando en algo que los pudiera sacar de aquel conflicto.

Entonces, al cacique se le ocurrió una idea: ¡invocar a Satanás! De pronto, un fuerte ruido rompió el silencio y oscureció. Una sombra extraña se les acercó y al instante los sacó de allí para posarlos en una hermosa pradera frente a una frondosa planta de naranja con frutas de oro. Sin embargo, cuando se atrevió a tocarlas, Hurco se convirtió en piedra, al igual que Pirulo.

Allí quedaron, encantados, y siguen cuidando que nadie se acerque. Por eso, en la actualidad, cuando alguien intenta llegar a la cima del cerro, ruge la selva y comienza la tormenta: truenos y relámpagos por doquier.

Los vecinos cuentan que desde la distancia, los días lunes y martes de Carnaval, al amanecer y al ocultarse el sol, se observa cómo Hurco baila y toca el rondador.






SONIA DEL CARMEN JIMÉNEZ
vive en Tulcán, Carchi.
Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Luis Alfonso Calvachi.

La Viringa del Cucacho

En la parroquia de Julio Andrade, a pocos metros del pueblo, hay un lugar llamado el Cucacho, muy transitado por la gente del campo y de la ciudad. Allí todo parecía muy tranquilo. Las personas transitaban muy alegres al regreso del mercado o de escuchar la misa. Siempre pasaban apresuradas para que no les cayera la noche, ya que los mayores eran muy estrictos: a partir



de las seis de la tarde los muchachos tenían que estar en casa. Sin embargo, algunos jóvenes, haciendo caso omiso a los consejos de los mayores, regresaban a altas horas de la noche o de madrugada.

Una medianoche cambió todo. Aparentemente, como ya era costumbre, todo se veía igual que siempre, cuando en esas, un joven imprudente cruzó el Cucacho montado en su moto. De repente vio a lo lejos la silueta de una mujer muy hermosa, de cabello largo y rizos prietos, pero la realidad era otra: entre más se acercaba, más espeluznante se la veía.

El joven se quedó sin voz y temblando de miedo, pues nunca había visto algo así, tan aterrador; no creía en fantasmas ni en lo anormal. Al instante, se le apagó la moto y pudo ver todo con

mayor claridad: la mujer desnuda poseía unos dientes enormes y ensangrentados, uñas largas y quebradizas y un olor nauseabundo. El joven se quedó en *shock* por un tiempo, después empujó su moto y arrancó a toda prisa.

Llegó así a su casa, ubicada a pocos kilómetros. Con voz entrecortada comentó lo sucedido a sus familiares, quienes no lo podían creer y pusieron su historia en duda. No obstante, con el pasar de los días, muchas más personas empezaron a comentar que se les había aparecido la mujer desnuda, la Viringa.

Era un alma en pena. Dicen que encontraron una osamenta de mujer que había sido sacada del cementerio al hacer la limpieza del lugar, y sin querer fue desechada; desde entonces, la joven no pudo descansar en paz. Sale a asustar a las personas que transitan a altas horas de la noche, y deja sin aliento a más de uno.




LINO JAHIR ANDY nació en Alejandro Labaka, Orellana, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Vicente Mamallacta. Sus actividades favoritas son leer y hacer deportes.

Rancu y el jefe

En las lejanas tierras de la Amazonía ecuatoriana vivía una comunidad. El jefe se llamaba Majgla y su mujer, Sasinda. Un día, un hombre se presentó ante Majgla y le dijo:

—Gran jefe, vine para que me permitas casarme con tu hija.

—No te conozco —respondió el jefe—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Rancu.

—¿Quiénes son tus padres?

—No lo sé —respondió Rancu—, pues nunca los conocí. Solo sé que papá y mamá murieron cuando yo era un bebé.

—¿Con quién te criaste? —siguió preguntando el jefe.

—En manos y brazos de otras familias.

Entonces, Majgla se dijo: "Voy a concederle la mano de mi hija y tenerlo como un esclavo".

Sin embargo, cuando Satina, la princesa, vio a ese hombre, se enamoró de él y decidió entregarse con loca pasión. No fue sino hasta más tarde que se dio cuenta de que su esposo era vago, ladrón, mentiroso, mezquino, celoso y egoísta, pero sus padres ya le habían dado toda su confianza.

Una mañana, Majgla decidió poner a prueba a su yerno para conocerlo mejor.

—Me voy de cacería —dijo. Quería comer mucha carne.

Entonces Rancu se levantó deprisa y preguntó si podía acompañarlo. Majgla rio y dijo:

—Está bien, acompáñame.

Entonces los dos salieron y caminaron durante todo el día; al anochecer armaron una pequeña choza. Allí pasaron dos días sin encontrar ningún animal. Al tercer día decidieron separarse y tomar rumbos diferentes. En la mañana del cuarto, Rancu encontró un venado y lo mató. Lo llevó a la choza, lo ahumó en el fuego y se puso a pensar en cómo evitar compartirlo con su suegro.

Mientras, Majgla pasó todo el día buscando y no encontró ni un sapo. Con mucha hambre regresó a la choza al atardecer y vio lo que su yerno había cazado, pero este no le dio ni un solo pedazo de la carne asada. El jefe, entonces, salió de la choza y fue a cazar pajaritos chirirís, los atrapó y los cocinó.

A la noche siguiente, comió lo único que encontró: luciérnagas. Rancu, hambriento también, lo copió y se atiborró de los pequeños insectos luminosos. Al instante llegó enfurecido el demonio de las

luciérnagas, se paró frente a él y con un tajo le cortó la cabeza, para luego alejarse volando por el aire.

El cuerpo de Rancu seguía moviéndose, mientras que su cabeza no dejaba de hablar:

—Por donde quiera que vayan, yo no dejaré a tu familia. No me separaré de mi mujer.

Majgla le preparó un canasto de carne para distraerlo y huir, pero la cabeza no dejaba de saltar como una pelota de un lado a otro. El jefe esperó a que durmiera y se dio cuenta de que la cabeza roncaba con un ojo abierto. Entonces, preparó otro canasto para engañarlo; tenía dos: uno con carne y otro con huesos. Le dijo a Rancu:

—Tú cuida de este canasto mientras yo voy a enterrar este, lleno de huesos. Volveré en una hora.



La cabeza aceptó y Majgla salió con el canasto de carne. Tomó otro camino para que el yerno no sospechara nada, pero, cuando apenas le faltaba un kilómetro para llegar a su casa, se volteó y vio que la cabeza se acercaba saltando como un grillo.

—Me engañaste —dijo Rancu—, pero conseguí atraparte. ¡Ahora llévame donde mi mujer!

Aprovechando que la cabeza se detuvo a descansar, Majgla llegó a su casa y le contó a Satina todo lo que había ocurrido.

—Ya mismo me voy a buscar a mi marido —gritó la joven mientras lloraba.

—¡No vayas! —le suplicó su padre—. Quédate, hija mía, encontrarás cosas espantosas. Es terrible ver esa cabeza que sigue viviendo.

Pero Satina no lo escuchó. Salió por el camino y, al encontrar la cabeza de Rancu, la abrazó y cayó desmayada. Su padre trató con toda su fuerza de despegarla, pero no lo logró.

Un día Sasinda llamó a su hija. Majgla y ella habían planeado una trampa.

—Entremos al río para bañarnos, hijita.

Cuando lo hizo, la cabeza se separó de la joven y nadó hasta la orilla del río, muy vigilante. Mientras Satina intentaba volver, su padre la retuvo y la madre comenzó a gritar con desesperación:

—¡Auxilio, ahí va mi hija! ¡Se va río abajo! ¡Cójanla, que se ahoga!

En esos momentos la cabeza saltó al río. Trató de sostenerse con los dientes de una piedra, pero estaba muy lisa, así que se fue río abajo hasta llegar al mar y desapareció. Entonces, el jefe y su familia regresaron a su casa y huyeron de su pueblo para asentarse en otro lugar.




NANCY CARMITA PUCHA
nació en Sicalpa Viejo, Chimborazo, en 1973. Trabaja en la Unidad Educativa Santiago de Quito. Su actividad favorita es leer.

Leyenda de la Virgen de las Nieves de Sicalpa Viejo

Hace muchos años, una niña muda de nacimiento iba a traer agua de una fuente muy cristalina y bulliciosa llamada Calizpogio. Cerca del borde de la fuente se presentó una señora muy hermosa que despedía rayos luminosos como el sol. Con una sonrisa celestial dijo:

—Hija mía, ve y dile al señor cura que mande a tallar una imagen para que sea venerada en la aldea de Sicalpa, porque yo soy el amparo de todos los que creen en mi hijo Jesús. Como prueba de lo que te digo, recupera el habla.

La niña quedó absorta de la aparición, y al oír sus palabras salió del encantamiento y corrió a cumplir lo que le habían pedido. En el camino se encontró con otras dos niñas inocentes y candorosas. Con ellas regresó a la fuente y volvieron a ver a la Virgen, que repitió las mismas palabras y luego desapareció. Las tres fueron donde el señor cura y le avisaron lo que habían visto.

Como la niña muda hablaba, el cura les creyó y fue con otros fieles al lugar, pero no encontraron sino un gran perfume. Intervino el obispo Solís: reunido con los vecinos del lugar y el señor cura, llamaron a la niña que había visto a la Virgen para preguntarle cómo era, y ella contestó nítidamente, como que nunca hubiera tenido ningún problema en su garganta, que era una señora que pisaba el borde de la fuente y en sus brazos sostenía un hermoso niño. Llevaba una regia corona y un cetro en su mano.

En aquellos días se tenía conocimiento de que en Quito se encontraba un artista español llamado Diego de Robles que tallaba imágenes. Una comisión viajó a Quito para contactarse con él y contratarlo para que tallara una imagen con las características que había indicado la niña. Se dice que las imágenes de El Quinche, la del Cisne, y la de Sicalpa Viejo fueron contemporáneas y esculpidas por Diego de Robles en el lapso de tres meses.

Una vez llevada a la aldea, se realizó la primera misa con ella el 5 de agosto de 1591, por coincidir la fecha de aquel suceso con el milagro. Al estar rodeada la aldea por el nevado Chimborazo, la imagen fue bautizada y bendecida con el nombre de Santísima Virgen de las Nieves de Sicalpa Viejo.



Después de que la colocaran en la iglesia, la Virgen de las Nieves salía por las noches. La encontraban al día siguiente en Calizpogio, donde fuera vista por la niña muda; la comunidad, entonces, se concentraba y la llevaba de regreso a la iglesia. Continuaron así sus andanzas muchos días, hasta que, en reunión, los comuneros decidieron cortarle un dedito del pie derecho para que no volviera a salir. Cuentan que desde ese momento la Virgen dejó de hacerlo.




JUANA BURGOS, JUAN DE LA A. Y GRACE BORBOR
trabajan en la Escuela de Educación Básica José Mejía Lequerica.

Leyenda de san Isidro Labrador

Lo que se narra a continuación es una historia que sucedió hace mucho tiempo como parte de la fe cristiana y de la idiosincrasia de los pueblos ancestrales del Ecuador.

Cuenta la leyenda que hace muchos años, un habitante de Montañita llamado Francisco Domínguez —y apodado "don Vélez"— solía ir de pesca a un lugar conocido como La Punta,



situado en la parte norte de la comunidad, en el límite con la comuna de Olón.

Cierto día, aquel hombre, mientras cumplía su faena de pesca, observó a lo lejos un objeto brillante que llamó su atención: era la figura de un hombrecito diminuto que medía aproximadamente cuatro centímetros. Sin darle mayor importancia, la llevó a su casa y la mostró a sus familiares, quienes la guardaron con mucha cautela en una repisa.

El señor salía constantemente a beber con los amigos, hasta que un día se quedó sin dinero y se le ocurrió empeñar la figura que había encontrado. Una vez embriagado, regresó a su casa a descansar.

A la mañana siguiente retomó su faena de pesca y su asombro fue muy grande: al recoger la atarraya, apareció nuevamente la

figura que había encontrado y empeñado días atrás. Esto continuó en varias ocasiones, lo que hizo que él y su familia se alarmaran y expandieran la noticia por toda la comunidad. Los habitantes se extrañaron y pusieron mayor interés en lo acontecido.

Pensando que la figura era algo maligno, la llevaron ante el párroco Luis López, quien al revisarla pudo darse cuenta de que se trataba de san Isidro Labrador, santo patrón de los agricultores españoles.

A partir de ese entonces, la comunidad de Montañita lo adoptó como patrono del pueblo. Esto fue motivo también para que las personas de los pueblos aledaños agrandaran su fe, y pidieran la imagen para que bendijera sus tierras y les diera salud. A cambio de ello, el santo recibía diferentes tipos de ofrendas. La iglesia en su honor se construyó a partir de dichas donaciones, justo donde habitaba el pescador que había encontrado la imagen.

Otra curiosidad que notaron era que el santo aumentaba de tamaño, hasta que cierto día accidentalmente se le cayó a un feligrés, y se partió en dos. Angustiados, los habitantes la restauraron, pero se dieron cuenta de que a partir de aquel incidente dejó de crecer, y quedó de siete centímetros.

La comuna celebra la fiesta de san Isidro Labrador todos los 15 de mayo, fecha en la que el santo recibió su canonización. Una frase muy popular que se le reza es: “San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol”.




KAREN LIZETH AUPAZ nació en San Gabriel, Carchi, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Julián Andrade. Sus actividades favoritas son hacer deporte y leer.

Accidente en un abismo

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo, en un lugar poco poblado de la Sierra ecuatoriana, se encontraba una carretera que se usaba como vía para dirigirse a realizar actividades en familia, como escalar montañas, pescar y despejar la mente. La carretera circulaba entre grandes montañas e inmensos abismos dirigidos al vacío; esta complicación lo hacía un lugar muy poco visitado.



Un día como cualquiera, una pareja decidió trasladarse allí para dejar por un rato la ciudad. Pasaron un día lleno de felicidad, hasta que finalmente se dieron cuenta de que se acercaba la noche; entonces, decidieron volver a su casa.

Al pasar una curva, vieron a una señora cubierta de sangre que les pidió ayuda. El esposo bajó del auto y, muy asustado, le preguntó qué le había pasado. Ella le respondió angustiada que se había desviado y caído a un abismo, y que en el auto todavía se encontraba su bebé, atrapado entre las latas.

En ese momento, el hombre sacó una cuerda de su auto y le comentó a su esposa lo que pasaba. Entonces, ella decidió quedarse con el auto y con aquella señora accidentada en la vía. Esta se sentó en una roca grande y lloró; la esposa, al ver su estado,

decidió sacar su maleta con ropa y un poco de agua para que se limpiara y se cambiara los vestidos empapados de sangre. Sin embargo, de pronto, cuando regresó a mirar, la señora ya no se encontraba. Pocos minutos después, el esposo regresó con cara de terror y con el bebé en sus brazos.

El hombre le preguntó a su mujer sobre la mamá del bebé, a lo que ella respondió que se había sentado en una roca grande pero luego había desaparecido. La esposa, al ver el rostro de su marido, le preguntó también:

—¿Por qué estás tan asustado?

Pero el señor, lleno de terror, le dio el bebé y le pidió que subiera al auto para enseguida abandonar el lugar.

—¿Por qué no esperamos a la mamá del niño? —preguntó la mujer, asustada pero también enfadada.

—Al momento que bajé a rescatar al bebé, junto a él se encontraba la misma señora que nos había pedido ayuda. El accidente había sido tan fuerte que ella estaba muerta. Quien habló con nosotros fue su espíritu, para que salváramos a su hijo.

La esposa, aterrorizada, tomó al niño, lo abrazó y lloró. Había quedado huérfano, pero desde ese día encontró a dos personas que lo iban a amar y cuidar a pesar de que no era de su sangre.




CARLOS YUMAGLLA
nació en Miraflores Quishuarpamba-Columbe, Chimborazo, en 1961. Trabaja en la Unidad Educativa Hualcopo Duchicela. Su actividad favorita es leer.

El campesino engañoso

En un lugar muy desolado habitaban dos viejitos que, para viajar a los pueblos y ciudades cercanos, utilizaban un burrito. Un domingo, el viejito salió a la iglesia, a oír misa, montado en el animal. Tenía que caminar mucho tiempo para llegar, y siempre iba cargado con su dinero.

Cuando llegó, amarró al animal en la esquina de la iglesia e

introdujo en el intestino del burro la plata que había llevado; como eran solo monedas, pesaban mucho al caminar. Tras entrar a la iglesia no estaba tranquilo. Pensaba en dónde había dejado su dinero: “Cuando cague el burro, la plata puede salir junto con la majada y ser llevada por alguien”. Por tal razón salía a cada momento, al punto que la gente ya se sentía molesta. Se decía entre sí: “¿A qué saldrá a cada rato este viejo?”.

La última vez que salió, en verdad el burro cagó puras monedas. Al ver esto, uno de los que estaban junto con el viejito se interesó y le dijo:

—¿Me podrías vender este burrito? Me interesa mucho, porque nunca he visto a un animalito como este cagar plata.

Entonces el viejito dijo:

—¡No! Lo utilizo para mis viajes.

Pero el interesado quería que se lo vendiera. Por tanta insistencia, el viejito terminó preguntando:

—¿Cuánto me pagarías?

—Lo que usted pida puedo pagar.

El viejito lo pensó un momento:

—¡Tres mil monedas de peso!

El interesado pagó y pidió recomendaciones sobre cómo cuidar al animal. El viejito le respondió:

—Debes tener dentro del establo, sin falta, hierba y agua.

El comprador, entonces, se fue contento con su burrito. Llegó a su casa y le conversó a su esposa lo que había visto. La mujer se quedó sorprendida: “¿Será verdad o no?”, se preguntaba, pero el esposo estaba convencido de lo que había visto. Muy emocionado fue a dejar al burro al establo, con bastante hierba. Estaba deseoso de ver de nuevo lo que había ocurrido en el patio de la iglesia, pero

pasaron las horas y los días y no sucedía. Solo la majada llenaba el establo. Muerto de iras, regresó a la casa del viejito a reclamar:

—Le doy de comer bastante hierba pero hasta el momento no caga nada de plata, sino solo majada.

—¿Lo está cuidando tal como le dije? —preguntó el viejito.

—Por supuesto. Le doy de comer, aunque lo que olvidé es darle agua.

—Entonces es por eso que no caga plata, vaya a darle agua —le dijo.

Antes de irse, vio que los viejitos estaban cocinando en una olla de barro sobre un montón de tierra. El comprador se quedó mirando y se olvidó de lo que había ido a reclamar. Ahora quería saber cómo podía hervir la olla en un montón de tierra. Los viejitos le dieron su explicación:



—Primero se llena el agua, luego se sazona todo y se dice: “Hierve, ollita sin candela. Hierve, ollita sin candela”, y la ollita hierve nomás.

Al escucharlos, también se interesó por la olla:

—¿Sí podrían venderla? —E insistió hasta que aceptaron, luego de ofrecer pagar lo que ellos pidieran.

Emocionado, regresó a su casa y le dijo a su esposa que la olla cocinaba en un montón de tierra, sin fuego; se la entregó y le contó el proceso a seguir. Mientras la mujer dudaba, el esposo no esperó, sino que él mismo se puso a cocinar siguiendo todos los pasos que le habían dado los viejitos. La olla, sin embargo, ni se calentó. Viendo que esto tampoco resultaba, se puso a insultar a los viejitos.

Muerto de iras, regresó donde ellos a quejarse:

—En vano pasó el tiempo desde tempranas horas hasta el mediodía y la olla ni siquiera se calienta.

Los viejitos dijeron:

—¿Aplicó todos los pasos?

—Sí, solo de poner sal me olvidé.

—Debías poner todo.

En esos momentos, el comprador vio que el viejito estaba tocando en la flauta y, como era tan curioso, quiso saber para qué lo hacía.

—Mi esposa está muerta. Para que reviva, estoy tocando, esta flauta tiene ese poder —dijo el viejito.

Mientras, la mujer, que estaba tendida en el suelo, comenzó a reaccionar, y el señor creyó nuevamente que era verdad.

—¿Me la podría vender? —preguntó.

El viejito dijo que no quería, porque cada vez que lo había hecho, el otro había ido a reclamar. Pero el interesado siguió insistiendo y consiguió la flauta. Al llegar a su casa, llamó a su esposa y la mató de contado. Luego comenzó a tocar la flauta “mágica”, pero la muerta jamás revivió.




SAMIR MARTÍN CANGÁS
nació en Cristóbal Colón, Carchi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Julián Andrade. Su actividad favorita es el *downhill*.

Los guaguas aucas

Cuando tenía veinticinco años, mi tío, el señor Luis Castillo, trabajaba por las noches cuidando las chacras de maíz de la comunidad Cristóbal Colón. Una noche se dirigió a cuidar la del señor Luis Paspuel. Llegaron con su hermano Elías, rodearon el terreno y vieron que todo estaba normal, así que se acostaron en la choza que estaba a un costado.

Cuando se estaba durmiendo, cerca de las doce de la noche, escuchó una voz muy parecida a la del dueño:



—¡Luis!

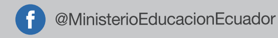
—¡Mande! —contestó mi tío.

Fue entonces cuando sintió que alguien entró y se acostó encima de él. Lo aplastaba como ahogándolo. Mi tío no podía hablar ni ver, quería gritar para pedir ayuda pero había perdido el habla. En su pensamiento se encomendó a san Pedrito, que es el patrón de nuestra parroquia, y a todos los santos de los que se acordaba en ese rato. Recién al rezar el padrenuestro sintió como que se liberaba y empezó a recobrar el habla y poder mirar.

Muy asustado, despertó a su hermano, que estaba bien dormido. Hasta las cuatro de la mañana no lograron conciliar el sueño. Entonces soñó que un gato negro entraba por el portón del terreno y él trataba de echarlo, pero no se iba hasta que mi tío cogía el machete. Se daba la vuelta, volvía a mirar y otra vez el gato entraba por el portón.



Seres de la naturaleza, duendes, personajes religiosos o de la cultura popular ecuatoriana son algunas de las figuras que encontrarás en este libro lleno de magia. También podrás leer anécdotas y descripciones sobre las tradiciones de nuestro país. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.






/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec